

Zahora

Revista
de Tradiciones
Populares

Número 56



NOTAS Y DIBUJOS PARA UNA MITOLOGÍA POPULAR MANCHEGA CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES DEL CAMPO DE MONTIEL

Textos: Carlos Villar Esparza

Dibujos: García Jiménez

Zafiora nº 56

**NOTAS Y DIBUJOS PARA UNA MITOLOGÍA
POPULAR MANCHEGA
CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES
DEL CAMPO DE MONTIEL**

Textos: Carlos Villar Esparza

Dibujos: García Jiménez

NOTAS Y DIBUJOS PARA UNA MITOLOGÍA
POPULAR MANCHEGA
CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES
DEL CAMPO DE MONTIEL

Zahora. Revista de Tradiciones Populares, nº 56

Coordinación

Universidades Populares y Cultura Popular
Servicio de Educación, Cultura, Juventud y Deportes

Textos

Carlos Villar Esparza

Dibujos

García Jiménez

Foto de portada

Panorámica de Alcalá del Júcar, de la serie Balcones. Autor Ginés Sánchez Martínez. Primer Premio a la mejor colección del Certamen de fotografía sobre Albacete y su provincia “Albacete siempre” 2012.

Edita

Servicio de Educación, Cultura, Juventud y Deportes

Diseño y Maquetación

Servicio de Publicaciones
Diputación Provincial de Albacete
DL AB 78 - 1993 Nueva Época
ISSN: 1132-7030

Producción e impresión

Servicio de Publicaciones. Diputación Provincial de Albacete

Edición digital

<http://issuu.com/revistazahora>

La revista Zahora ha sido editada para ser distribuida. La intención de los editores, es que sea utilizada lo más ampliamente posible y que de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

A modo de presentación

*“¿Quién guarda memoria
de la red arterial de los senderos
y de los usos de las plantas que sanan?”
(Jorge Riechmann)*

Contiene el número 56 de Zahora, una selección de los trabajos, que Carlos Villar Esparza nos ha ido enviando a la revista en los últimos 25 años.

Son colaboraciones en publicaciones casi siempre manchegas: “Canfali”, “Balcón de Infantes”, “El periódico Lanza”, “Zahor” (Villamanrique), “Revista de Estudios del Campo de Montiel”, “La Espadaña” (Castellar de Santiago) ... algunas, las menos, son publicaciones de otras zonas como la “Revista Folklore” de Valladolid, y otros son manuscritos inéditos, enviados desde Palma de Mallorca, lugar donde reside.

Esta selección de textos la hemos organizado en dos grandes bloques: “Notas y dibujos para una Mitología Popular Manchega” y “Creencias y Costumbres del Campo de Montiel”; a su vez, divididos en doce y nueve apartados, que podían haber sido estos u otros. En cualquier caso todos los textos han sido revisados por su autor.

Junto con los dibujos de García Jiménez y las fotografías de algunas piezas del Museo Municipal de Albacete. Colección Internacional de Arte Popular Juan Ramírez de Lucas, y el buen hacer del Servicio de publicaciones de la Diputación de Albacete, este es el resultado.

En fin..., Carlos Villar Esparza, que te queremos, que te admiramos y queremos decirte públicamente que la revista Zahora y los amantes y estudiosos de la Cultura Tradicional Manchega, tenemos contraída contigo una gran deuda de gratitud.

Como siempre: Salud.

ÍNDICE

I. NOTAS Y DIBUJOS PARA UNA MITOLOGÍA POPULAR MANCHEGA.....	11
1.- LA ALICÁNTARA.....	12
2.- EL SAETÓN.....	14
3.- DEL LLAMADO FRAILE MOCHILÓN O MOTILÓN.....	17
4.- DUENDES.....	20
5.- EL BÚ.....	22
6.- EL LOBO “HECHAIZO”.....	25
7.- LA DAMA DE LOS MONTES.....	28
8.- LA ENCANTÁ.....	31
9.- LA LANGOSTA HACE LA TRIPA ANGOSTA.....	34
10.- DEL ANIMAL LLAMADO SALAMANDRA.....	42
11.- LA TÍA CATALINA.....	45
12.- EL VACO.....	50
II. CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES DEL CAMPO DE MONTIEL.....	55
1.- DE TORMENTAS Y TEMPORALES.....	57
2.- DEL MAL MIRAR.....	61
3.- COSAS DE MUJERES.....	65
4.- DE LOS ANIMALES.....	69
5.- DE LOS USOS DE LAS PLANTAS.....	77
6.- BRUJAS.....	81
7.- DEL DEMONIO.....	85
8.- DE LA MUERTE Y FINADOS.....	89
9.- BUENOS Y MALOS AUGURIOS Y OTROS USOS Y COSTUMBRES CURIOSAS, QUE MERECEN SER ANOTADOS.....	93

I. NOTAS Y DIBUJOS PARA UNA MITOLOGÍA POPULAR MANCHEGA

- 1.- LA ALICÁNTARA. 2.-EL SAETÓN. 3.-DEL LLAMADO FRAILE MOCHILÓN O MOTILÓN.
4.- DUENDES. 5.- EL BÚ. 6.-EL LOBO “HECHAIZO”. 7.- LA DAMA DE LOS MONTES.
8.- LA ENCANTÁ. 9.- LA LANGOSTA HACE LA TRIPA ANGOSTA. 10.- LA SALAMANDRA.
11.- LA TÍA CATALINA. 12.- EL VACO.

LA ALICÁNTARA

“...era una víbora venenosa que tiene dos cabezas, que una quiere hacer el bien y otra quiere hacer mal y yo las he visto precisamente”.

Dueñas tornasoladas, con tocas arrodaladas, enamoradas de cenitales luminosidades, de hambrientos y húmedos bisbiseos. Dueñas de bífidos y sinuosos silencios religiosos, junto a jins y sirococos, fue un día ama de las ardientes arenas arábicas y huésped regia de los palmerales danzantes. Diurnas dragonzuelas aladas, nocturnas visiones fantásticas, tal que en bulto, tal que en sueño, todos temían, todos honraban como anciana divinidad.

Un anónimo cronista cuenta que, las alicántaras, un día abandonaron los desiertos de la Arabia Félix. Acompañaron a los verdes pendones del Profeta y a los invencibles guerreros de la media luna en su vertiginosa conversión de lejanas e infieles geografías.

Con ellos dicen, atravesando las aguas, entraron las mitológicas Alicántaras en la península Ibérica: serpenteando bajo los turbantes árabes.

Derrumbado, carcomido, el poder y la gloria musulmana en las Españas, las alicántaras y sus leyendas orientales, enraizadas por ocho siglos de presencia en la cultura popular, se negaron a abandonar su patria, se negaron al cruel e injusto exilio. Las supervivientes buscaron el cobijo de las vencidas, que no el olvido, en las estructuras serranas y en las sincréticas pesadillas cristianas.

La tradición oral, mal que bien, conserva convertidas en creencias maravillosas algunas de las quimeras de la bicha mítica, que un día fue forastera y orgullosa dominadora.

Quizá traída, desde la Andalucía blanquiverde y mora, por animeros y cuadrillas de gañanes que a son de cuerno buscaban el pan en la futura siega, está la creencia que la Alicántara era (es, si no se han extinguido) serpiente menuda, pelifina y hasta graciosa, con par de diminutas alas que le servían para huir del peligro. De ahí su nombre, alicántara. Asimismo se afirmaba que era la única serpiente en la Tierra que tenía varias decenas de patejas que le ayudaban a “correr” con gran velocidad.

Pero el espécimen más singular que se ha hallado en la Mancha, hasta el momento, es el aparecido en Villanueva de los Infantes. El informante relata como en una ocasión columbró una Alicántara en un royo: “...era una víbora venenosa que tiene dos cabezas, que una quiere hacer el bien y otra quiere hacer mal y yo las he visto precisamente”.

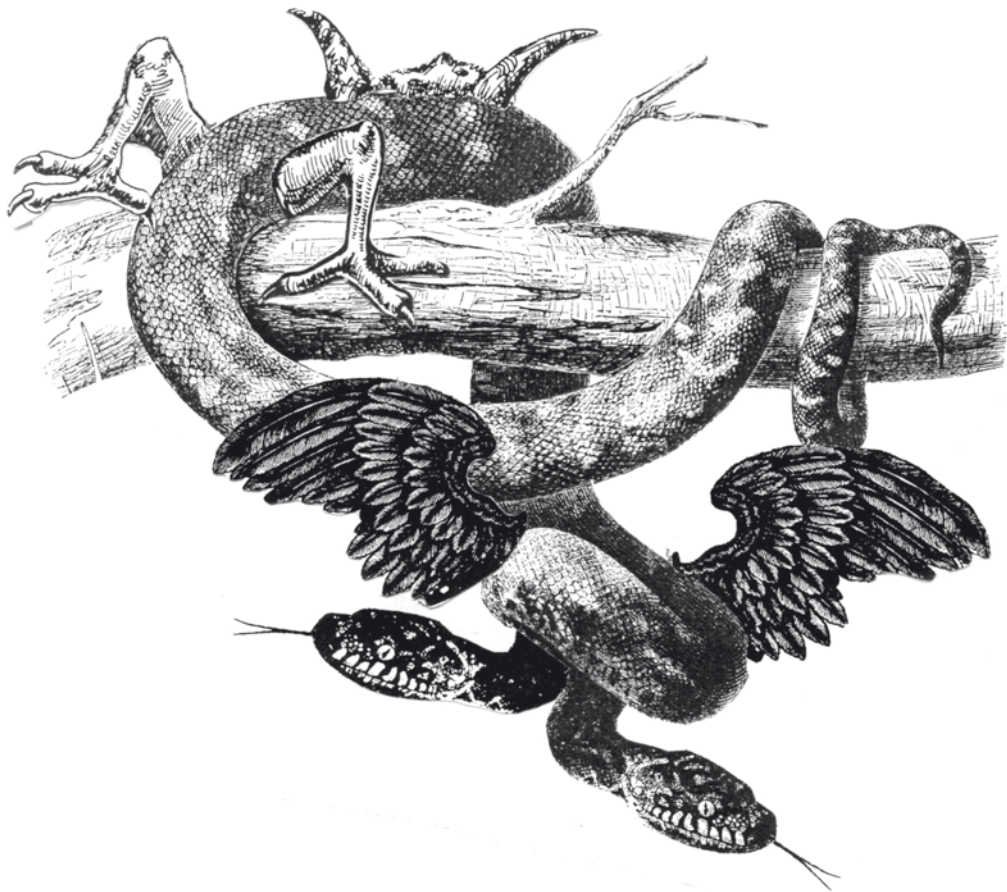
Excitante indescifrable simbolismo, el Bien y el Mal, su lucha eterna en un cuerpo maldito y maldecido, que nos llega desde el fondo de los tiempos. Hoy, retraído avatar de la mítica anfisbena.

HABITAT:

Lugares inhóspitos y ásperos de nuestras sierras sureñas: roqueros, peñascales y solanas pedregosas...

En Villanueva de los Infantes, acuática. Nacía, se desarrollaba y vivía en arroyos, fuentes y ríos.

En algunos de nuestros pueblos se la tiene como a la más mortal de las serpientes.



◆ *La alicantara* ◆

EL SAETÓN

El saetón parenteaba con culebras y víboras. Más larguzo, también más oscuro y recio que las culebras. La peligrosa irritabilidad y los gravísimos efectos de su veneno lo hacían mucho más temido que la víbora.

Cuentan los últimos hombres-memoria, que en tiempos de sus zagalerías y moceríos, en lo más apretado de la sierra, era fácil y hasta frecuente echarle el ojo al cauteloso y hábil saetón.

Hoy, de haberlos, los saetones se han convertido en invisibles o se han extinguido, pues, parece ser que hace años no se registra referencia alguna sobre ellos (el informante señala a las claras un único culpable: los insecticidas).

¿Quién o qué era el Saetón?

Las informaciones recogidas, que no son muchas, hacen suponer que el saetón pertenecía a la secta de las bichas (Atanasius Kircher las enumera: la víbora, el áspid, la cerasta, la víbora dipsa, la serpezuela hemorroida, la ptya, la anfíbema, la culebra seps, la serpiente scítala, la serpiente yácula, la boa y el dragón. Y como todas ellas descendieron del Arca tras el diluvio, el bicherío actual, desciende de aquellas).

Conocido y sabido es el terror milenario, las pesadillas sin cuento que los ofidios han producido al hombre. Son millares las leyendas e historias tenebrosas que circulan sobre ello en nuestra tradición popular: desde culebras con la prosaica fijación por los pezones maternos; pasando por la mortal fascinación de su mirar que dejaba inmóviles a sus víctimas; hasta su contada y cantada inmortalidad mitológica.

Ciertamente pocos animales atemorizaron como las serpientes. Se dijo en otro lugar, como antaño, las familias, bien en el hogar, bien en

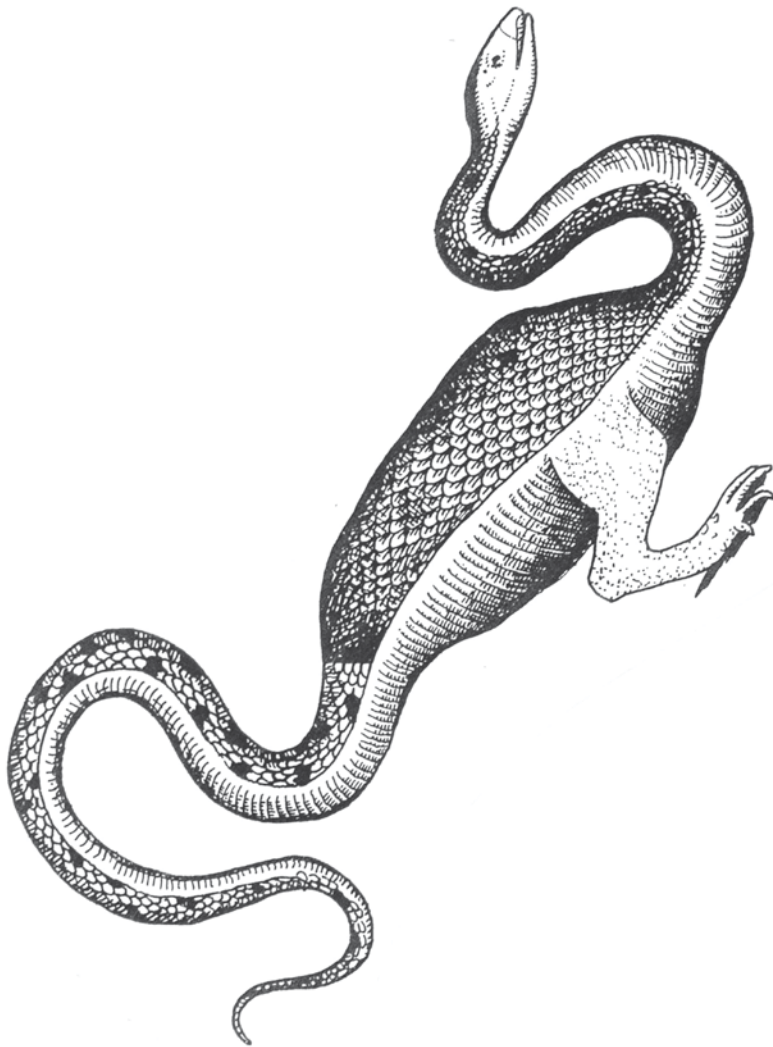
las sierras trabajadas, colgaban del techo o de las ramas de los árboles una especie de hamaca donde descansaban las criaturas a salvo del ataque de culebras y víboras.

El saetón parenteaba con culebras y víboras. Más larguzo, también más oscuro y recio que las culebras. La peligrosa irritabilidad y los gravísimos efectos de su veneno lo hacían mucho más temido que la víbora. Los atacados por el saetón en el mejor de los casos, sufrían terribles dolores, pero muchos de ellos morían. Sólo la enigmática alicántara, de la misma cuerda, se le iguala en peligrosidad. A esta última, algunos pastores y serranos, le atribuían maravillosas historias: creían en la existencia de unas extraordinarias alicántaras poseedoras de diminutas patas y un par de murcielagonosas alas. Imaginadas como dragones liliputienses.

El saetón, es entonces una serpiente con nombre masculino y aumentativo de saeta. Escribiendo sobre estas animalias Francisco de Quevedo, que sabía mucho de víboros bípedos y culebros ofitas, dejó dicho de la víbora: “...que en los círculos de su cuerpo es flecha y saeta homicida”.

De voraces hambres, sus jornadas de cacería hacían estragos en aves, pequeños mamíferos, devastando los nidos con puesta.

Singular costumbre tenía el saetón y era su querencia por el ramerío de los árboles. En las elevadas ramas balanceantes parecía estar muy a gusto. Quizá fuera serpiente arborícola. Pero lo que más recuerda el entrevistado es



◆ *El Saetón* ◆

como, el saetón una vez llegado a lo alto de las altas ramas, hechos sus asuntos cinegéticos o alimenticios, se encogía sobre sí mismo, como un muelle, y como flecha disparada por saeta atravesaba el aire como impulsado por un resorte, hasta llegar a las ramas del árbol más cercano.

Con toda seguridad el saetón, disfrazado de culebra en la cultura popular, pertene-

ciera a alguna de las familias de culebras censadas en La Mancha: la bastarda, la de escalera, de herradura, la europea, de cogulla, la lisa Meridional, la de collar y la viperina. Queda sin respuesta la mortal ponzoña de su veneno, ¿es posible que fuera la víbora hocicuda?

Hasta el día de hoy, el fabulista no tiene la respuesta.

DEL LLAMADO FRAILE MOCHILÓN O MOTILÓN

“...vestido de frailón, con grandes hábitos pardos y cubierta la cabeza y parte de la cara con la capucha del hábito, donde en el fondo brillaban unos ojos terroríficos que despedían un fulgor de fuego que te dejaba mudo de espanto”.

A pesar de la escasez de datos y conocimientos que se poseen de este inquietante ser mitológico manchego, se cree que pertenece a la misma familia del “Martinico” y del “Frailecillo”, en particular de este último. Comparte con él las características más siniestras: espantable fealdad, proverbial perversidad, presencia patibularia y ambos usan el desastrado hábito frailuno, aunque el “Fraile Mochilón” le gana al “Frailecillo”, por un celemín, en aureola diabólica. Los informantes discrepan en cuanto a la pertenencia de la orden religiosa del “Fraile Mochilón”. Los más, cuentan que el hábito es franciscano, pero también los hay, que afirman que dominico, capuchino, mendicante...

Si en algún tiempo pasado fue duende, mudó en fantasmagoría tenebrosa.

A día de hoy, al “Fraile Mochilón” se le ha columbrado el rastro en algunos pueblos del Campo de Montiel, a pesar de ello, no se duda que futuros estudios antropológicos ampliarán el hábitat geográfico de las sobrenaturales frailadas del “Mochilón”. Siendo de vital urgencia las citadas investigaciones, pues, a cada día pasado, las presencias de estos seres míticos tradicionales se desvanecen de nuestra cultura popular.

Pasemos pues a frailear las informaciones recibidas: en Albadalejo se le tenía misma-mente como “...un monstruo” que aparecía en horas nocturnas para llevar el terror a niños y adultos. Se le solía ver por calles y plazas

arrastrando sus pies descalzos y su largo hábito. Por una mujer-memoria se sabe que en alguna ocasión acudieron a la llamada de la abuela para domar al díscolo mocico.

“...vestido de frailón, con grandes hábitos pardos y cubierta la cabeza y parte de la cara con la capucha del hábito, donde en el fondo brillaban unos ojos terroríficos que despedían un fulgor de fuego que te dejaba mudo de espanto”. Así se le describe en Torre de Juan Abad, al igual que el anterior, también era dado a callejear asustando a grandes y chicos.

“...de lo oscuro del capirote salían dos candelas muy vivas que helaban la sangre...y del miedo perdías el habla durante días”. De esta manera recuerda una abuela villoreña al “fraile motilón”.

De Villanueva de los Infantes son los siguientes testimonios:

El “fraile motilón”, *“...encapuchado al que apenas se le veía la cara, el color del hábito era marrón oscuro”.* Este fantasma afrailado tenía querencia por claustros, iglesias, ermitas..., pero, *“...sobre todo en el campo”.*

En ocasiones ejercía como eficaz profesional asusta-niños: *“...se decía, el “Fraile Motilón” con grandes barbas que asustaba a los pequeños”.*

“...aquí (en Villanueva a los Infantes) se llamaba Fraile Motilón. Era un cuento (hay que recuperarlo ¡ya!) en que había que ir a por una cosa a un lugar apartado y no volvían.

*Fueron varias hermanas y les ocurrió lo mismo
y había una voz que decía:*

*Aquí está el fraile motilón,
con su cuerda y su cordón,
al que pase de esta raya,
me lo echo de un tragón...
y se las comía.*

*El padre de las niñas vigiló al fraile hasta
que pudo rajarlo y abrirle la barriga...” Y*

bien se adivina que las muchachas aparecieron vivas y felices del interior de ese ogro frailuno.

Asimismo, en Ruidera este aparecido descendiente de los vengativos lémures romanos, hacía de las suyas llevando el pavor por donde aparecía, bien de motu propio, bien convocado. Pocos ruidereños recuerdan completa la amenaza que oyeron a sus ancianos cuando estos relataban las fechorías de “fraile mochilón”: “...al que pase de esta raya, me lo como de un tragón”.



◆ *Fraile Motilón* ◆

DUENDES

*“Hombres pequeños y simpáticos. Alegres y desenfadados...
tenían gran debilidad por las cámaras...”*

Villanueva de los Infantes: *“seres no vistos, que hablan con los vivos, con los muertos y se mueven por las casas. En los cortijos había duendes y hablaban y los escuchaban. Fue famosa en Infantes la intervención de los duendes en una finca enduendada y hasta tuvo que intervenir la Guardia Civil”*.

“Hombres pequeños y simpáticos. Alegres y desenfadados. Estaban en las cámaras, acribando harina, cosa que hacían en vez del ama de casa...” En este caso, los duendes infanteños iban vestidos de color verde.

Los duendes campomontieleños: *“tenían gran debilidad por las cámaras donde se guardaban el candeal y la paja. Vivían escondidos entre los grandes montones de paja, y sólo salían para cometer sus diabluras”*. Muchas madres, intimidaban a sus hijos advirtiéndoles que no subieran a las cámaras, pues, si los duendes los veían, los cogían y encantaban, convirtiéndose ellos también en duendes.

Casas enduendadas y famosas en su tiempo fueron: la de “Donato” en Torre de Juan Abad; la “Casa Grande” de Villamanrique; “Los Palacios” en Villanueva de los Infantes; o la celeberrima “Casa de los Duendes” lindera

entre las lagunas de la Tomilla y la Conseja, en Ruidera. De esta última, hoy se pueden oír historias que producen escalofríos al igual que los cuentos de terror que se cuentan de “La Casa del Duende” del “Estrecho del Hocino” de Salobre. La fantasía popular atribuyó a sus duendes aviesas y hechiceriles intenciones.

(Fernand Nicolay en su “Historia de las Creencias” cuenta como algunas autoridades municipales francesas, exoneraban del pago de sus alquileres a aquellos inquilinos cuyas casas estaban enduendadas. Las leyes obligaban al arrendador a devolver el importe recibido).

Sepan aquellos que quieran iniciarse en la ciencia de la “duendología”, que deben hacer tres apartados con los duendes: uno, son aquellos duendes que van por libre y que son los más numerosos, dos, duendes que por una u otra razón están sujetos a los deseos y caprichos de la canalla infernal y, por último, aquellos duendes que sirven gustosos a sus amos: los ángeles.

Alcubillas: *“...una sombra, un bulto, algo que aparece en las casas y hace ruido...”*

Castellar de Santiago, Alhambra, Carri- zosa, Infantes... tuvieron su calle del Duende.



◆ *Duendes* ◆

EL BÚ

...sus enrojecidos ojos, tal como platos soperos; paralizan de terror a sus víctimas. Su pico lo forman dos afiladísimos alfanjes, desgraciados de aquellos que caen en tal cepo: pues tiénense por muertos. Y sus garras son como trampas loberas de donde es imposible huir.

Espanto sobrenatural que infundía pavor a la canalla rapazuela.

Ser imaginario de la mitología tradicional manchega, y muy popular en algunos de nuestros pueblos, junto al Tío Lobo, la Mano Negra, la Garduña, el Camuñas, el Sacamantecas, el Tío del Saco, etc.

Al Simurg, Ave Fénix, Hipogrifo, el Bú les toca algo en la forma. A la mítica Empusa en el fondo. Cuenta Rodrigo Caro en sus “Días Geniales o Lúdicos”, citando la autoridad de Nicéforo Calixto “...que la vio (a la Empusa) el emperador Mauricio, sacar un niño de su aposento como que se lo quería tragar, aunque no le pudo hacer daño...”. A esa tragaldabas infantil también se le mentaba por la “Mala Cosa”.

En un ayer no muy largo, el Bú poseía múltiples figuras, todas ellas bestiales y aterradoras, también es cierto que todas ellas coincidentes en sus marcados rasgos antropomórficos. Con el paso de los años ha ido degenerando esta imaginería popular para adoptar la específica y determinada forma zoológica. Dicen ahora que tiene mismamente la apariencia de un gran búho, el primo hermano de la lechuza, la que se bebe los aceites de las iglesias. Que sus enrojecidos ojos, tal como platos soperos; paralizan de terror a sus víctimas. Su pico lo forman dos afiladísimos alfanjes, desgraciados de aquellos que caen en tal cepo: pues tiénense por muertos. Y sus garras son como trampas loberas de donde es imposible huir.

Sigilosa y súbitamente aparece escupido por las negruras nocturnas para llevarse en sus enormes zarpas a los niños, que desobedeciendo a sus mayores, permanecen en las altas horas de la noche callejeando o corraleando.

En algunos pueblos, la hora de la siempre evitada contestada siesta infantil, es la apropiada para la amenaza de la venida del Bú.

En las tinieblas, iluminados territorios lunares, es peligroso tener ventanas abiertas. Por ellas vuela y entra el Bú, sin despertar al Silencio, hasta llegarse a las camas de los niños traviesos y díscolos, para llevárselos mientras duermen a sus guaridas de grandes agujeros negros, en centenarias y apartadas encinas serranas. Un gran vaso de agua, tienen algunos de los futuros mozos, a mano, en la mesita de noche. Lanzándosela al Bú, este desaparece con gran alboroto y misterio. Restos del poder mágico de las aguas contra los malos espíritus, sus influencias y actos.

Un tiempo existió, cuando las piedras hablaban, en el cual avisar...

—¡Que viene el Bú, que viene el Bú... y os llevará...! obraba auténticos milagros pacificadores en la enrabieta y menuda turbamulta. (Quiere un “pituista”, humanista él, que se curan los dolores de cabeza absorbiendo las energías positivas que emanan de las solitarias encinas, devorador de los clásicos y amigo del narrador, que el famoso Bú es cobrador de las muchas afrentas recibidas por el pueblo de las rapaces nocturnas a través de los siglos: en



◆ *El Bu* ◆

la antigüedad romana, cuando se hallaba una lechuza o búho en el interior de las casas, una vez capturado, era clavado vivo en la puerta principal, con el ánimo de alejar los malos hados).

Para algunos informantes de Villanueva de los Infantes, el “Bú”, era una: *“persona chepada, cara abotargada y pies abiertos”*, *“un pájaro que se parece al loro, que se oye de noche en la sierra, y en las risqueras”*, *“con aspecto de animal-ave con cara de lechuza”*.

En Cózar, pueblo famoso por sus músicos y sus “tacillas” se contaba que “el Bú” era: *“un pájaro oscuro y siniestro”*.

El Bú gozó de una gran popularidad en Andalucía del siglo XIX, se le tenía como un deforme endriago acechador de tiernas criaturas, en particular aquellas que se “encanaban” en sus lloros, llegada la hora de dormir.

Dicen que son cuentos de viejos, dicen que son fantasías de viejas...pero el narrador siempre piensa lo mismo *“...algo tendrá el agua cuando la bendicen...”*

EL LOBO “HECHAIZO”

...se convertía en peludo ser de cuatro patas sin perder sus rasgos humanos: le crecían desmesuradamente las uñas y los “caninos”. En rarísimas ocasiones sufría de transformaciones zoomórficas adoptando forma y figura de lobo.

Contrariamente a lo creído y afirmado por ciertos investigadores y estudiosos de nuestro folclore, el fenómeno de la licantropía en tierras de La Mancha, se produjo con más frecuencia de lo esperado y anotado hasta el momento.

Lobishome, Galicia.

Llobusome, Asturias.

Lobisón, Extremadura.

Lobo “hechizado”: hombre-lobo manchego.

Valiosísimo ejemplar de nuestra mitología popular, al borde de la extinción, llevó el temor a adultos y niños.

Nuestro lobo “hechizado” no guarda parentesco ni relación alguna con el mitificado hombre-lobo literario y pelicularo, ni reúne las características misteriosas, dramáticas y trágicas de otros congéneres foráneos, como el célebre caso del hombre lobo gallego Manuel Blanco Romasanta, ajusticiado en La Coruña en 1854 y que tanto conmovió a la sociedad de entonces.

El hombre manchego de nación, afectado de licantropía, simplemente se convertía en peludo ser de cuatro patas sin perder sus rasgos humanos: le crecían desmesuradamente las uñas y los “caninos”. En rarísimas ocasiones sufría de transformaciones zoomórficas adoptando forma y figura de lobo. Se sabe de zonas, que eran familias enteras, las que poseían el don de adquirir aires lobunos.

En principio, se ha localizado un rarísimo ejemplar en Villamanrique “...en las noches de luna, un hombre se convertía en lobo, e

iba arañando las puertas de las casas...”, al amanecido, aparecían misteriosos mechones de pelos en el umbral de las portadas. Contaban que era porque el “hechaizo” se frotaba rabiosamente contra las maderas de las entradas “...p’ a matarse las pulgas...”.

En Almedina se cuenta de la existencia de un antiguo “lobo hechaizo”, un pobre hombre víctima de una imprudente maldición, y que siendo consciente de su horrible metamorfosis, avisaba a su familia que, en llegando cierta y particular noche no le abrieran las “portás” por mucho que terqueara: “...aquí se contaba la historia de un hombre que vivía allí, por la Bolea, porque allí se jugaba a tirar la bola, esa de piedra y to eso...y que por la noche se iba y decía: “cuando venga por la noche, ¡no me abráis, por la Virgen de los Remedios! que no me abráis...” les decía a la familia... no m’abráis no se qué ... porque no soy yo... y cuando muchas mañanas lo recogían en la puerta de su misma casa, estaba agotao y tal y tal”.

Es sabido y conocido que los familiares hacían caso del consejo de no abrir las “portás”.

Las abuelas de Torre de Juan Abad asustaban a los niños con la venida del “Tío Lobo” individuo de indeterminada edad, figura siniestra, cuya singularidad más sobresaliente eran los aterradorantes colmillos.

Se tienen citas, de varios lobos “hechaizos” en la comarca de Hellín (Llano de la Torre, Majada Carrasca, Tus). Nuevas informaciones incrementarán la presencia del hombre-lobo

manchego en otras zonas y pueblos de la Mancha.

Por lo recogido, eran hombres, mozos un punto irreverentes, perillanes, “perros”, en su mayoría receptores de una execración paterna. Las palabras del airado padre llevaban un permanente y devastador hechizo, que los convertía en lobos las noches de luna: penitencia por su no hacer. Curiosamente no se menciona el factor determinante de luna llena, actuando en cualquier fase de nuestro satélite.

En la obra “El folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres de Llano y Roza de Ampudia”, se recoge otra variante de condena paterna... se asegura de un padre a quien enojaba la afición de un hijo a la carne que un día le dijo: “*hazte lobo por siete años y atrácate de carne una vez*”.

El hijo dio un brinco y escapó al monte, allí se quitó la ropa, se revolvió en el polvo y se hizo lobo...

Otro elemento interviniente en la mudanza lobera, se debe a la aplicación de mágicos ungüentos sobre el cuerpo desnudo, que obraban el prodigio de la conversión. (Tus y Majada Carrasca).

En Villamanrique y Almedina no se tiene noticia alguna de ataques de lobos “hechaizos” a humanos. Sus tropelías y desmanes

se dirigían a los rebaños de ovejas y cabras. Los más inofensivos de ellos se dedicaban a visitar, de manera intermitente, los corrales de sus convecinos y hacerse con alguna que otra gallineja o conejo. Otros, se dedicaban a huronear en las noches por las calles desiertas de sus pueblos, atemorizando a los habitantes con sus gruñidos.

Para algunos hombres-memoria de Villanueva de los Infantes “el lobo hechaizo”: “*era una persona agazapada y con aspecto de perro rabioso, que bajaba de entre la espesura de los montes y sierras*”. “*Ser entre humano y animal de orejas grandes*”. “*Personaje de cuentos somero, que no da la cara y cuando la da, es para hacer daño ¡viene arrastrándose como “lobo hechaizo”...*”

Montés, J.F. en su “Seres sobrenaturales y míticos en comunidades campesinas tradicionales: El Sureste español”, ha recogido informaciones que citan la presencia de un tipo de lobo “hechizo” más peligrosos... Su actividad fundamental era depredar en cortijos, robar a los caminantes y ocasionalmente matarlos, si había resistencia...

Por regla general la identidad de los lobos “hechaizos” era pública y conocida por todos los vecinos del pueblo, no teniendo constancia de represalia alguna contra ellos. Parece ser que existía un tácito consentimiento.

Nota: Mi más profundo agradecimiento por la valiosísima colaboración prestada a José Antonio Iniesta Villanueva, Juan Francisco Jordán Montés* y al C.E.P. (Hellín) de Albacete, y a los informantes que me suministraron datos e historias y que desean permanecer en el anonimato.

*Con autores de “Leyendas y creencias de la comarca de Hellín-Tobarra” y “Ritos mágicos y tradiciones populares de Hellín y su entorno.



◆ *El Lobo Hechaizo* ◆

LA DAMA DE LOS MONTES

*“Nada es mientras no haya sido proferido con voz clara”
(Jeroglífico egipcio)*

La “Vieja de la Sierra” o “La Dama de los Montes” conduce a los niños a una acogedora cueva o a una humilde cabaña, donde se sentarán junto al fuego y la mujer les dará de comer y les contará mágicos cuentos.

La anciana mujer-memoria, villorreña de nación, sólo recuerda que siendo niña, su abuela le contaba que un criaturo se descaminó cuando iba leñeando en la sierra, en un terreno de mucho bosquerio... y se salvó, porque una desconocida mujer que vivía en ella lo protegió del frío y de los lobos...pero que su memoria no tiene para más alcances. Y que oyó que a esta mujer la llamaron en alguna ocasión “La Hermana de la Sierra”.

En otros lugares de la provincia de Ciudad Real, Porzuna, Herencia, Ruidera..., donde apareció esta misteriosa mujer, se la conoció por diferentes nombres: “La Dama de los Montes” y “La Vieja de la Sierra”.

En su tiempo, el acontecimiento de la desaparición y posterior aparición de los niños, tuvo mucha resonancia popular en los respectivos pueblos. Hay quien quiso ver en ellos, milagrosas manifestaciones marianas; otros, mayoría, fantasías infantiles; algún releído, que eran vestigios imaginados de primigenias hamadriades, señoras de los bosques; forasteros investigadores, que eran sombras de ritos iniciáticos en lo más profundo del bosque primitivo...y los últimos afirmaron, que no había nada de sobrenatural en los casos: que tan sólo eran mujeres “desapartas” voluntariamente de la sociedad y de su tiempo.

Todas estas enigmáticas mujeres poseían un denominador común: características de

un espíritu femenino que protegía a los niños indefensos.

En los cuatro casos recogidos, que no guardan relación alguna de parentesco, espacial y temporal, son niños de corta edad, que bien enviados por sus padres, bien por decisión propia, se adentran en la espesura del bosque, que siempre se halla en una sierra cercana al pueblo, en busca de leña para su posterior venta, y así ayudar a la mísera economía familiar, o simplemente para consumo particular, desaparecen sin dejar huella alguna.

En pos de la leña, los pequeños recolectores se hunden en lo más recio y hondo del bosque. A la hora de la vuelta se dan cuenta que se han extraviado y no encuentran, pese a los intentos, el rastro de regreso. Totalmente perdidos, desesperados y desorientados los niños ven llegar los primeros oscuros de la noche, y con ella empieza a helar. Los mocicos empiezan a llorar, a llamar angustiosamente a sus padres, a pedir socorro con las pocas fuerzas que les quedan. De pronto, el aullido de los lobos que andan de “lobá”, han olido la carne de los niños y empiezan a acercarse. Estos, agotados, hambrientos y aterrorizados, buscan junto a una gran piedra o un árbol caído, cobijo y refugio. Se hacen un ovillo, permanecen inmóviles sin atreverse a rebullirse. Todo es negro y están ciegos en la noche de lúgubres diálogos.



◆ *La Dama de los Montes* ◆

El frío nocturno, mortal acariciador, les va cerrando los ojos...

Mientras en Ruidera, Villamanrique, Herencia y Porzuna, los padres y vecinos, que preparaban batidas para el venidero amanecer, mantenían escasas esperanzas de hallar con vida a sus hijos; si la helada no acaba con ellos, los lobos habrán hecho carne de sus cuerpecillos. Y es que la sierra tiene muy malas asuras.

Y, cuando todo parece perdido para los niños, se produce el milagro. Aparece junto a ellos, una hermosísima joven o una anciana de serena belleza, que con extraordinaria ternura les coge de las manos y les anima a seguirla con dulces palabras. Ante la aparición, los lobos retroceden temerosos y respetuosos. La presencia de la misteriosa mujer llena a los niños de una sensación de cálida placidez, de sentirse bajo la protección materna. La “Vieja de la Sierra” o “La Dama de los Montes” conduce a los niños a una acogedora cueva o a una humilde cabaña, donde se sentarán junto al fuego y la mujer les dará de comer y les contará mágicos cuentos. En uno de los casos (Porzuna), la “Vieja de los Montes” dará al niño bellotas como único alimento, pero a este le contará una maravillosa historia, que el niño, al encontrarse de nuevo con los suyos, se negará a revelar. Así pasarán la noche en el calor del hogar y cuando despierden al día siguiente la joven o la anciana los acompañará hasta la raya del bosque, donde con gran sorpresa y alegría de las familias,

los encontrarán sanos y salvados, contando una quimera.

Los padres y vecinos se hacen cruces del milagro, pues ha sido un prodigio de los cielos, que aquellas almas de Dios, hayan podido sobrevivir a una noche como aquella en el bosque, ensabanado de gélida escarcha y a la gran cantidad de alimañas que rondan por la zona.

Los niños contarán a sus padres, con absoluta naturalidad, la presencia de la dulcísima bienhechora y como fueron protegidos por ella. Los mayores incrédulos, siempre se precian de ello, ante el extraño relato, dudan de las palabras de sus hijos. Culpan a los terrores y a las pesadillas de sueños helados, esa imaginada salvadora. Pero una y otra vez los niños tabarrear en lo mismo, como fueron librados de los peligros por una joven/vieja de beldad nunca vista, de dulzura jamás imaginada, de sonrisa virginal y como su resplandeciente rostro encendía la oscuridad boscosa.

Cada uno de los sucesos quedó en cosas de niños, pues ninguno de los adultos había visto, ni vería jamás a tan reservada y bondadosa moza o abuela.

Uno de aquellos niños, conocido como “El Hermano Perdío”, que fue protagonista de esta aventura a principios de 1940, y que fue salvado por esa especie de ángel tutelar, vive en una ciudad española muy distante de su pueblo manchego, y sigue hincado en su memoria, como un día siendo mocico muy nuevo, le salvó “La Vieja de la Sierra”.

LA ENCANTÁ

Salía una mujer hermosísima con el pelo hasta los talones a peinarse todas las mañanas de San Juan.

Aparición, que salvo excepciones era siempre sanjuanera.

En **Villanueva de los Infantes** se decía que: “era una señora muy guapa, encantada, que no se veía pero que se podía hablar con ella y provocaba miedo”, “Mora muy guapa con el pelo largo, a la que apenas podían resistirse los hombres que la miraban a los ojos...cuando se iba a beber agua en abrevaderos en el campo, salía con un cántaro y te golpeaba en la cabeza”, “Mora que vivía en sitios subterráneos, Cuevas de San Miguel y la Mora y salía el día de San Juan. Se decía que estaba encantada y que si te acertaba con el peine, quedarías también encantado o encantada”, “...esta es la historia de la Mora... la reina que se aparece la noche de San Juan peinándose con unos peines de oro y si alguien osa a mirarla le tira el peine y le convierte en piedra...”

“Eso decían, decían que aquí en un sitio que le llaman “La Muela” estaba la Encantá decían pero no... salía a las 12 de la noche y que salía...sería o no sería...eso decían yo no he llegado a “velo” ni he ido a “La Muela”, ni la leche...”

(Nieves Arco. 75 años. 2011)

En Castellar de Santiago: “...yo era muchacho y solo decir “encantada” me tenía que volver corriendo...Íbamos todos los muchachos totalmente...al atardecer y salíamos de estar aquí un kilómetro y medio...estaba la carretera para ir al Viso del Marques en dirección al pueblo de Almuradiel...y había la carretera fatal y cuando la “encantada”

me tenía que volver... y era mentira...para mí aparecía siempre que lo pensaba...nunca la vi. Y siempre la vi. Uno la pinta como quiere, rubia, morena, alta o baja. Por parte de la familia nunca nos metían miedo con la encantada...y yo era de esas personas que le tenía un gran respeto, es que, si quieres...yo la veía, yo veía a la “encantada”, “...Eso me contaba mi padre, y a mí me gustaba aquello... hay una cueva... hay una noria que tiene es de terreno calizo y tiene muchas cuevas por dentro, tiene una especie de anchura por dentro... es de una noria que sacaban agua, ahí se decía que el día de san Juan al amanecer ¡no! a las doce del día salía la encantá...salía una mujer hermosísima con el pelo hasta los talones a peinarse todas las mañanas de San Juan, justamente cuando salía el sol...pero que nadie la podía ver, porque el que iba a verla... pues entonces desaparecía...”

La “Encantá” de **Torre de Juan Abad**, se dejaba ver en el Estrecho de las Torres, también conocido como Torre de Joray o Eznavejor, término de Villamanrique.

La noche de San Juan, junto a la Fuente del Piojo, bajo la sombra de los últimos restos de Joray, era el lugar elegido para la manifestación mágica. La mujer-memoria relata que, se dieron días que las gentes del pueblo, en grupos, marchaban a contemplar el prodigio. Aparecía con un camión de raso azul y en una de sus manos un maravilloso peine de oro servidor de sus suaves cabellos. Cuando alguno de los curiosos se acercaba en demasía, la bella aparición desaparecía.

Fantasmagoría compartida con el vecino pueblo de **Villamanrique**. En él se han conservado algunas leyendas sobre la maldición que pesa sobre la “Encantá”, antaño hermosa mora enamorada de un cristiano infiel y, de un tesoro oculto. Ese día ninguna moza soltera villorreña pasaba por el estrecho ni con el pensamiento, pues, de hacerlo no se casaba.

En la zona hay recogidas dos apariciones más de la Encantá: la primera en la Torre la Higuera y la segunda en Cabeza de Buey.

Alcubillas: “una mujer que está en una cueva o un mojón y no puede salir. Se aparece a la gente que pasa por las proximidades”.

También en Alcubillas, en el Cerro de San Isidro, asomaba otra “Encantá” de la que decían suplicaba por piedad a los caminantes un poco de agua... cuando el gañan caritativo, conmovido por las palabras suplicantes y la belleza de la encantada se acercaba para calmar la fingida sed, desaparecía.

Ruidera: junto a los “Riscos de la Cubeta”, también aparecía esta visión: “*pues íbamos los chiquillos a varear aquello, para comer los anises y las mujeres, nuestras madres, las personas mayores nos decían: tener cuidado, ir a una hora siempre al mediodía o por la tarde, porque por las mañanas hay una mujer vieja que esta encantá, con un pelo muy largo, pero es un pelo que brilla mucho, es de color de oro que se peina con un peine de oro y sale por las mañanas en cuanto sale el sol, al sitio*

que da el sol, y se está peinando y si os coge a algún chiquillo os va a dejar encantaos y os vais a quedar allí y ella se va a salir que es lo que quiere...”

La “Encantá del Caño” asomaba por tierras del pueblo de **Montiel**. Cuentan que guardaba un tesoro que se encontraba en el fondo de una mina. El castigo para los que osaban entrar en el subterráneo era la condena eterna.

Dato significativo y significado es que las múltiples manifestaciones de la “Encantá” suceden siempre junto a corrientes de aguas.

Torrenueva:

“...yendo a la Virgen de mi pueblo, a la ermita de la patrona, por la carretera que va de Torrenueva a Valdepeñas, está la ermita de la Virgen y antes de llegar había una piedra grande y la noche de san Juan decían que se aparecía la Encantada y a los muchachos se les asustaba con que venía la Encantada... y parece ser que se descubrió era un señor que se escondía allí que iba a ver a la querida (en este punto la mujer-memoria confunde las creencias que responsabilizaban de tales comportamientos a las “pantasmás”) ...que se aparecía la Encantada por la noche de San Juan... con la conseja que la noche de San Juan es mágica que aparecen cosas extrañas y tal... y dicen que de ahí nació lo de la Encantá... esas cosas se contaban en “La esquina”...”

Mujer-memoria. Pilar X de Torrenueva. Valdepeñas Nov. 1998. Grabación.



◆ *La Encantá* ◆

LA LANGOSTA HACE LA TRIPA ANGOSTA

*Tiene la pierna del camello
la pata del avestruz
sus alas son las de un águila
con el pecho de un león...*

1.- La Leyenda

¡¡...Llegaos doncellas, hombres, mujeres, dueñas...y escuchad, niños y niñas, crédulos e incrédulos, la maravillosa, cierta y verdadera historia de la maldición de la voraz langosta que destruye nuestros campos...!!

Durante muchos años, juglares con la triste melodía de sus vihuelas, contaron y cantaron esta leyenda en aldeas serranas con olor a retama y a romero, y en blancos pueblos que florecen en las llanuras acunando silencios.

Cuentan que a finales del año 711 o principiando el 712, corrió a voz en grito, por Toledo, causando grande sensación, la decisión del Rey Don Rodrigo de entrar en la cueva de Hércules, territorio vedado, generoso en misteriosas hierofonías, amén de conservar en sus entrañas, arcanos de milenaria existencia.

Sabida la nueva, tenuta por muy imprudente, la canalla cortesana suplicó a Rodrigo que desistiera de tan peregrino intento: que hacía días los cielos eran pródigos en malos presagios, extrañas luces iluminaban las noches de lunas ensangrentadas, rugían y gruñían tenebrosamente las entrañas de la tierra. Desconcertados, los astrólogos auguraban próximas y desconocidas catástrofes.

Las puertas del mágico recinto habían permanecido cerradas e invioladas hasta entonces, existía una expresa prohibición hercúlea, y era conocido, que desde el inicio de su construcción por el mítico Tubal y la finalización por Hércules, la cueva-palacio estaba protegida

por poderosas e invisibles hechicerías, que permanecían mortalmente activas.

Entró, pues, sólo Don Rodrigo de la mano de la ambición, asustados y sobrecógidos se negaron los más allegados a seguirle, aduciendo no se sabe por qué pasmos y espasmos que talaban incansablemente por el recinto subterráneo.

Alumbrado por trémulas llamas de antorcha, navaja que sangraba las ancianas tinieblas, adentróse por laberintos de siniestros, húmedos e interminables túneles, algunos de ellos, contaría después, que primorosamente labrados. Conoció en la soledad de sus pasos, porticados salones decorados con extrañas figuras, que repetían el eco de su respirar nervioso.

Las horas pasaron, cansado y frustrado, por no dar con lo buscado, inició el deseado regreso, cuando se dio, de hoz y coza, con una gran sala hipóstila desapercibida hasta el momento. En su centro alineadas una orza y dos tinajones. ¡Aquí, aquí están los oros, las platas, las joyas...!eran, pues ciertas las leyendas que tal contaban, de las inmensas riquezas del lugar: salvaría con ellas su reino.

Ansioso derribó la enorme orza. Al hacerlo, con gran terror de Rodrigo, vio rodar golpeando macabramente contra el suelo, una enturbantada cabeza de facciones de descompuesta ferocidad, salida del interior de la orza.

No le faltaba valor al godo, repuesto del primer sobresalto, fue a por la primera tinaja.

Una vez saltado el sellado de la tapa, apareció reptando una gran bicha de dimensiones extraordinarias, que desapareció tragada por la oscuridad, dejando a Rodrigo sobrecogido y aterrado por la espantosa visión.

La postrera esperanza quedaba en el tercer gran recipiente, y no..., no..., en ella tampoco estaban los caudales, ni la fortuna...En su interior, hacia siglos que estaba cautiva, rumiando su cruel venganza, la maldición y la perdición de la Mancha. Rota la tapa y el precinto de la tinaja-prisión, para desgracia nuestra, apareció la figura monstruosa de una langosta, dicen que el rey de estos insectos, que al igual que la serpiente encaró la salida con su atronador batido de alas, perdiéndose en el cielo toledano. Para entonces el ya canoso Rodrigo lloraba fuera de sí, por su temeridad. Afirman que apareció por la boca de la gruta repitiendo incoherentemente una y otra vez...

*Tiene la pierna del camello
la pata del avestruz
sus alas son las de un águila
con el pecho de un león...*

Había sido liberada la maldición de la Mancha: la langosta. Volaba camino de su cubil, el Valle de Alcudia. Desde las alturas, convocaba a juntas a sus dispersos ejércitos: decidida ya su venganza. La imprudente liberación por Rodrigo, iniciaría un largo periodo de, caos, sufrimientos, hambrunas, exilios y muertes para nuestra luminosa Mancha.

*Otra leyenda afirma que la gigantesca bicha sería instrumento divino para castigar a Rodrigo sus muchos desafueros, devorándole el corazón en su tumba y en vida.

2.- La Langosta hace la tripa angosta

Aunque viven ancianos manchegos que recuerdan el refrán que da título a este trabajo, y también aquel otro que sentencia aquello de “la langosta mengua la tripa”, débil recuerdo

que permanece de las terribles consecuencias de las apocalípticas plagas de langostas.

Y ésta, es su pequeña historia. Historia oculta y casi ignorada, que se desliza paralela a otras, de dolor, hambre, miserias, renunciadas, exilios..., pero es asimismo una historia de lucha, de fe, de sufrimientos y abnegación, tesón, y por encima de todo de un indomable sentimiento por vivir, protagonizada por unos seres humanos anónimos. Y sirvan estas líneas como homenaje a todos aquellos que sin nombre pasan y se confunden en nuestro relato, y que nos legaron un puñado de tierra, el amor por su defensa, y el orgullo de haber nacido en ella, como “Hijos del Silencio”.

No en vano, y hasta tiempos muy recientes, con dramática periodicidad asolaba nuestros campos y pueblos. Los efectos resultantes de este inestable factor natural y coyuntural, convulsionaba el cerrado orden social y económico de nuestros grupos rurales. Y observaremos con más detenimiento dichos efectos en una serie de testimonios.

El azote de este pequeño animalejo, pacífico en soledad y terrible en su gregarismo, posee amplio protagonismo bíblico e histórico. Evitaremos hacer una detallada y amplia relación de citas, que posiblemente cansarían al amable y sufrido lector, indistintamente a su escasa consistencia documental. Por lo cual hasta llegar al siglo XVI, tan solo daremos algunos datos a modo de información anecdótica.

Cuenta Paulo Orosio, discípulo de San Agustín, que allá por el año 3.800 de la creación de la Tierra una horrible plaga de langostas condenó a la muerte por hambre a todos los seres humanos del norte de África, tras devastar tierras y sembrados perecieron ahogadas intentando atravesar el estrecho por miles de millones donde se juntan el Mediterráneo con el Atlántico. Fue tal cantidad de langostas que cayeron al mar, que este, se convirtió en una especie de caldo del cual emanaban mortales pestilencias. Tales

malignos humores costaron la vida a más de trescientas mil personas.

Recuérdese la existencia de varias hipótesis que atribuyen a las plagas de langostas, el despoblamiento y ruina total de ciertas regiones peninsulares en diferentes épocas, así como un protagonismo relevante en el derrumbe del reino visigodo hispano.

Miguel Barceló publicó en 1978 un minucioso, elaborado e interesantísimo estudio sobre las plagas de langostas. Siguiendo a Gregorio de Tours, nos informa de la devastación sufrida por tierras de la Carpetania en un periodo comprendido entre el año 578 al 649. Con toda seguridad la Oretania, o parte de ella, sufrió las consecuencias de la citada serie de plagas. Es este uno de los primeros trabajos documentales que debe servir de guía e inicio para futuros investigadores del tema.

Posteriormente diversos autores árabes describen varias plagas que asolaron el Al Andalus y sur de La Mancha.

En el verano de 1357 algunos de nuestros recientes pueblos de Castilla, realizan desesperados intentos de expulsar la plaga que ataca sus tierras. Rogativas, procesiones, exorcismos, maldiciones, requerimientos, etc...son las herramientas de combate para erradicar la presencia del insecto destructor.

En las postrimerías del siglo XV La Mancha sufre una continuada sucesión de plagas de langostas que la sitúan al borde de colapso.

Pero son una vez más, las Relaciones de los pueblos de España, y por las contestaciones de los informantes, las que nos darán la verdadera dimensión de la tragedia, que representan las plagas de langosta en nuestra región manchega.

Por razones de espacio, sólo citaremos aquellas respuestas que nos parezcan más definitorias y concluyentes, ya que la totalidad de los pueblos manchegos, en ese siglo, fueron afectados en mayor o menor grado por la plaga.

“... en el año de cuarenta y siete vino a esta villa mucha cantidad de langosta de vuelo

en el mes de mayo y junio cuando los panes estaban a medio granar y vino tanta cantidad della que destruyo todos los panes y adobose en este término tanta della y nació tanta el año siguiente que absolutamente se comió todos los frutos de esta villa...” (Socuellamos).

“...y este pueblo le tiene votado muchos días (a San Gregorio) por el trabajo de la langosta que hubo en toda la Tierra...” (Saceruela).

Nótese que el informador califica la dimensión de la plaga. *“...en toda la Tierra...”* lo que demuestra que la plaga debió de estar generalizada en toda La Mancha.

“...porque en tiempo pasado hubo mucha langosta...” (Castellar de Santiago).

“...hasta que vino la langosta habrá veintisiete años (1545?) y entonces por causa de la langosta torno a mucha disminución por la necesidad de pan que hubieron de irse los vecinos a trabajar y buscar de comer por otras partes y que se fueron a la Andalucía y al reino de Murcia... y fue tanta la necesidad y distrución que hizo la langosta que no cayó en el diezmo de pan mas que dos fanegas...” (Argamasilla de Alba). Don Pascual Antonio Beño, recoge en su libro sobre la historia de Argamasilla dos plagas, la de 1548 y 49, pensamos que se trata de la misma que figura en las Relaciones de Felipe II.

“... en este pueblo y en todos los de Calatrava se padece hoy la mayor hambre que yo he leído fuera de aquí, la que Dios a Samaria y Jerusalén, porque en común comen cebada y muy poca y aunque venden las haciendas no hallan quien las compre, han venido a tanto extremo que en algunas casas se pasan día sin pan, comiendo solo navos cocidos y otras yerbas, ha venido a tanto que se han comido las bestias que se han muerto por los campos, han muerto algunos de hambre...” (Bolaños). Estremecedor testimonio, a pesar de no mencionar la presencia de la langosta, la situación era producto de su labor destructora. Esta mar-

tirizada villa se encontraba bajo el voto de San Gregorio, como así lo atestigua la respuesta correspondiente, prueba del sufrimiento de este pueblo, figurando entre las víctimas del desastre común.

De igual forma, la sufrida en Alcázar de San Juan en los años de 1532 y 33 fue harto virulenta, “...por aquellos tiempos una plaga de langostas asolaba los sembrados huertas y viñas...”

“...que se ha visto en las comarcas ha habido mucha cantidad de langosta, y ha hecho mucho daño...” (Alcolea de Almodóvar)

“...el día de San Gregorio Nacienceno que es a nueve de mayo y se voto por la plaga de la mucha langosta que en los años de cuarenta y cinco y cuarenta y seis sobre mil quinientos, permitió Nuestro Señor que sobreviniese a toda esta tierra y talase y destruyese los panes...envio esta villa un propio al reino de Navarra...y de allí trajo agua que se asperjo en los campos...” (Almodóvar del Campo).

Almedina, sonrisa del Campo del Montiel, sufrió de igual forma los efectos de la plaga durante aquel siglo, y al igual que Almodóvar recurrió a los poderes taumatúrgicos del Agua de San Gregorio. Existe un itinerario debido a Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640) que sirve de guía para llegar a Sorlada (Navarra), donde se encuentran los restos del santo. Saliendo de Almedina el trayecto era el siguiente: Almedina-Infantes. Infantes-Las Lagunas-Villarrobledo. Villarrobledo-Socuellamos. Socuellamos-Villarejo de Fuentes. Villarejo de Fuentes-Buendía. Buendía-Puente Pareja. Puente Pareja-Cifuentes. Cifuentes-Moron. Moron-Almazan. Almazan-Soria. Soria-Puertopiqueras. Puertopiqueras-Biguera. Biguera-Logroño. Logroño-Biana. Biana-Bagorta. Bagorta-Bisojo. Bisojo-Mues...

Y al final Sorlada. Allí se celebraba la espectacular ceremonia de hacer pasar el agua por la cabeza del santo. Realizado este acto, el agua había adquirido virtudes prodigiosas,

que la convertían en un arma “letal” en la lucha contra el odiado insecto. En el templo parroquial de Almedina, aunque tapiada, se conserva la puerta llamada de San Gregorio.

Camino este que fue muy transitado en épocas de plagas, y como existió el Camino, al que llaman iniciático, de Santiago, también este Camino de San Gregorio poseía la magia de la salvación, de una liberación más prosaica.

3.- La Langosta terror de La Mancha

Sufrimiento de nuestros antepasados que también diezmo, y padecieron amplias zonas de territorio nacional en el siglo XVI. El mal en forma de inmensas nubes ruidosas recorrió nuestra península. En Andalucía, los sevillanos mantenían aún viva la memoria de la terrible plaga de los años 1508-10, cuando en el verano de 1547 otra de gigantescas proporciones inundó sus campos, para volver a sembrar el pánico y el hambre en los años de 1582-83.

Asomándose al siglo XVII vemos como cansado el rey Felipe IV de escuchar las continuas súplicas de los desesperados habitantes de Torremanzanas (Alicante) afectados por una plaga de langostas, se viene a bien conceder el traslado de algunas botellejas de agua de San Gregorio a la citada villa.

Su antecesor, Felipe III, asustado de las proporciones del desastre que ocasiona la plaga en tierras de Alcázar de San Juan, envía a Francisco de Salvatierra, alcalde del crimen de la Cancillería de Granada, con 50.000 ducados para paliar los efectos del azote, y organizar las labores de extinción. Soluciones pragmáticas como ésta serían singulares y aisladas, no teniendo, por desgracia, continuación en el tiempo, ni en los hombres.

Si anteriormente apuntábamos la participación de las plagas de langostas y sus funestas consecuencias de todo orden en el vertiginoso desplome de la monarquía visigótica hispana. Pere Catalá y Roca subraya la coincidencia de la revuelta campesina catalana del año 1688,

llamada “Dels Barretines” con la “recogida” de malas cosechas, pero también con una plaga de langostas que se esparció brutalmente por diversas comarcas del Principado en los años 1686-1688. Cita este autor algunos documentos que dan fe de la extremada perversidad y virulencia de la plaga.

Volviendo a nuestras silenciosas llanuras las vemos arrasadas por una nueva serie de plagas, 1754, 1755, 1756 y 1757, cuyo origen parece ser tierras extremeñas, contra la opinión de autores que mantienen que la casi totalidad de plagas tuvieron su nacimiento en el Valle de Alcudia. Bwies afirma que el ciclo de plagas tuvo su foco emisor en comarcas de la Serena. Opinión que comparte el autor de este trabajo.

La ruina resultante de esta explosión y expansión de plagas es pavorosa. Hacen su aparición el hambre, la enfermedad, el éxodo y por último la muerte. Y es que su sucesión continuada, en ocasiones, no tiene momentos de respiro.

Cinco años antes de la devastación iniciada en 1754, encontramos en Torre de Juan Abad a Don Miguel J. Ruiz de la Escalera, Abogado de los Reales Consejos y Alcalde Mayor de Villanueva de los Infantes, que ha sido nombrado por el Consejo “...para providenciar la extinción de la langosta...”. La visita comenzará el siete de enero de 1749 y finalizará el nueve del mismo mes. Con una cuadrilla de hombres se recogen nueve fanegas de canuto de langosta “...que se quemaron y encerraron en el Pozo de Nieve...”. A continuación pasarán una nota de gastos por manutención del Alcalde, escribano y labradores. El martes siete de enero se compraron dos pares de perdices y un real de especias. El miércoles ocho, se gastan 25 reales en : tres bollos de chocolate, uvas, cardos, una gallina, un cuarto libra de carne, libra y media

de jamón, tres cargas de leña, medio celemín de garbanzos, nabos, un cuartillo aguardiente, medio cuartillo de sal y especias. También en el citado documento se adjunta el pago de salario de los que intervienen en las faenas de extinción y recogida del canuto.

A pesar de la natural desidia por parte de las autoridades, y vista la gravedad de la plaga, el cinco de septiembre de 1772 aparece una “Instrucción formada sobre la experiencia, y práctica de varios años, para conocer, y extinguir la langosta en sus tres estados de ovación, feto o mosquito, y adulta; con el modo de repartir, y prorratear los gastos, que se hicieren en este trabajo, y aprobada por el Consejo...”

Capítulo I: “Deben las Justicias prevenir, y tomar noticias anualmente de los pastores, labradores, y guardas de montes, como de otros prácticos del campo, si ha visto u observado señas de Langosta en los sitios donde suelen ahovar, y que se expresaran en adelante, para poner en practica los remedios que se dirán, antes que llegue a nacer, y experimentarse el daño”.

La citada instrucción da una serie de medidas y antecedentes sobre el proceso de desarrollo de la langosta, en sus tres fases, así como diferentes sistemas de erradicar la existencia de los ortópteros, y formas de dividir los gastos ocasionados en las labores de la destrucción de la langosta. Los resultados serán mínimos y la llamada maldición bíblica, y generalmente creída un castigo divino, seguirá atormentando nuestros campos y a sus gentes.

Tras la última oleada, nuestra región parece ser que gozó de unos años de sosiego y/o ausencia de langostas. En 1782 un legajo que se encuentra en el Ayuntamiento de Torre de Juan Abad nos dice “...habiendo la novedad de haberse introducido en este término bastante

Hacen su aparición el hambre, la enfermedad, el éxodo y por último la muerte

práctica de varios años, para conocer, y extinguir la langosta en sus tres estados de ovación, feto o mosquito, y

porción de langosta, de la que ha nacido en Guedea...”

En este mismo archivo de Torre de Juan Abad se conservan una serie de informes, cartas, y requerimientos que abarcan los años 1780 al 1848, donde se nos muestra esta parte del Campo de Montiel duramente castigada de nuevo, por una sucesión de plagas.

En 1811 en la villa que fue señorío de Francisco de Quevedo se levantan actas de sitios infectados: Los Monsalvos, el Royo del Sabinar, los Villares, el Pizarro Cañete, Las Moratas, el Alamillo, Corrales Blancos, Dehesa Boyal, etc. Sin tregua la plaga continúa año tras año, llevando la miseria y el hambre a los hogares torreños. Otra acta con fecha de tres de agosto de 1845 cita de nuevo, pedazos afectados por la plaga, el Cuarto del Barranquillo, Navalagrulla, la Cabezuela, el Corral de los toros, la Dehesa Boyal, la Jarosa (ochenta fanegas), etc. Continúa la plaga el año siguiente, siendo la relación de los topónimos atacados casi la misma, en este documento se añaden ya muy próxima a Valdepeñas las tierras cercanas a la Fuente de Mingo Lucas.

Se repite de nuevo el desastre colectivo. La extrema gravedad del momento hace reaccionar a las autoridades. Dejando su proverbial indiferencia e ineficacia, tocan a arrebato, apremian a todos los habitantes de las zonas castigadas a urgentes acciones. Con fecha 29 de noviembre de 1845 se manda desde Ciudad Real a todos los alcaldes presidentes un expediente de “*Reconocimiento de Infección de langosta*”, con estrictas medidas para ser cumplidas. Se exhorta a los propietarios de tierras a actuar con presta diligencia, dando una serie de instrucciones para la recogida del canuto. Una vez recogido debe ser presentado ante el ayuntamiento correspondiente, donde se les expedirá un recibo por las fanegas de canuto presentadas. Este ayuntamiento y una vez reunidas todas las fanegas resultantes, se mandarán al pueblo cabeza de partido, donde

un comisionado especialmente nombrado para tal menester, supervisará su absoluta destrucción, previa comprobación de informes, cantidades y recibos.

Después de centenares de años de tormento y calamidades sin cuento, que generación tras generación, hombres y mujeres de nuestros campos han padecido, los tiempos y las sociedades parecen sufrir tímidas transformaciones. Un sentimiento de solidaridad y justicia empieza a nacer en nuestro país. Surgirán nuevos conceptos objetivos de valoración del ímprobo trabajo de nuestros obreros agrícolas, y las enormes pérdidas difíciles de cuantificar que significan las plagas de langostas. Es por ello y con el propósito de dar a conocer el secular abandono y sufrimientos de hombres y tierras manchegas masacrados por los ejércitos de plagas,

deseando concienciar al gobierno de la nación y organismos públicos, salen de Ciudad Real el 17

de junio de 1884, un pequeño grupo de periodistas con la intención de enviar puntual crónica de los desastres de todo orden que produce la plaga de aquel año, que vuelve a sangrar nuestros campos, a varios diarios de la capital de España. El Liberal, El Correo, El Día, El Imparcial han puesto a disposición de los expedicionarios varios espacios en sus diarios para que en ellos sea relatada la tragedia que asola Ciudad Real. Del relato de aquel viaje extraeremos los siguientes pasajes:

“*La plaga había cruzado el río y se presentaba en cantidad asombrosa...*” (Ciudad Real).

“*Desde Jabalón hasta Fuensanta, la plaga invadía sembrados y rastrojos, en términos que*

no se distinguía mas que una inmensa mancha negra... se ven en todas direcciones las banderas blancas que agitan los campesinos con objeto de osear la langosta. Pasan ocho días estos infelices haciendo esfuerzos titánicos, y por último, cuando han gastado la salud y el dinero, tienen que dejar el fruto de tantos desvelos para que lo aniquile el voraz insecto...”.

“Tiene allí la plaga proporciones tales, que los más habituados a ver langosta juzgan exagerados los datos que suministran los almagreños. Por desgracia los hechos concuerdan con las palabras.

La población está completamente sitiada por el diminuto ejército, y desde las paredes del pueblo en todas las direcciones, hasta seis o siete kilómetros de distancia no hay libre de la plaga ni un palmo de terreno” (Almagro).

“Valdepeñas es el pueblo de esta provincia donde la langosta lleva hechos mayores estragos.

Las viñas quedan completamente limpias de verdor, y las plantaciones nuevas perdidas casi en su totalidad.

No han tenido tiempo ni para recoger las cebadas.

Los ganaderos no saben qué hacer en vista de que los pastos han desaparecido por completo” (Valdepeñas).

Fragmento de la carta, que apareció en los diarios EL Día, El Correo y El Liberal, “...Durante el día se distinguen en todas direcciones millares de banderas blancas que agitan los campesinos con el propósito de osear la langosta. En esta penosa tarea pasan días y días hasta que la fatiga los rinde, y a la par que sus cosechas pierden la salud. El obrero agrícola vive aislado, y sus cuitas nunca trascienden del círculo de la familia... Hemos visitado los términos municipales de Ciudad Real, Poblete, Pozuelo de Calatrava,

Almagro, Manzanares y Valdepeñas. Las pérdidas causadas por la langosta en estos pueblos y los comarcasos son de tal importancia que no me atrevo a consignarlas en esta carta por temor a que se juzguen mis cálculos más fantásticos que reales”. Firmaba la carta F. Rivas Moreno, el cual posteriormente escribiría un libro titulado “La Plaga de Langosta”, de donde se han extraído diversos datos y pasajes para este trabajo.

La antedicha comisión que realizó el viaje para dar noticias de la catastrófica situación, estaba formada por el Sr. Alhama, redactor del Imparcial, y miembros de La Voz de La Mancha, La Crónica, El Labriego y El Contribuyente. Es de destacar el interés demostrado por Rivas en generalizar el uso de la gasolina como elemento para combatir la plaga.

Más a pesar de las citadas denuncias contra la indiferencia de las fuerzas políticas, la cruel picaresca de algunos grandes propietarios, y la urgente solicitud de medidas, las plagas de langosta siguieron apareciendo volando con el sol a sus espaldas. Y nuestros campesinos continuaban intentando leer en las alas viajeras del insecto, extraños signos, palabras, que los sometían a la maldición divina.

Sin olvidar las plagas de los años 1921 al 1924, parece ser que una de las últimas de “nuestras grandes plagas” que destruyeron los semiabandonados campos de La Mancha, fue la del año 1939-1940. Una vez más volvió a afectar grandes extensiones de nuestra provincia. Sufrieron sus efectos con especial incidencia Ciudad Real, Almagro, Almadén, Moral, Daimiel, en este pueblo según datos recogidos por J.Cañizo se levantaron más de 2.000 canutos por metro cuadrado, lo que se convierte en la aterradora cifra de 600.000 ejemplares de *Dociostaurus Marocanus*, que este es el nombre de nuestro personaje.

NOTA: Deseo agradecer la extraordinaria y desinteresada colaboración de Don Federico Mario Beltrán Torreira de la Universidad Complutense de Madrid, de Don Felipe Sánchez López, de Almedina, y de Don Eusebio Guijarro González, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Torre de Juan Abad, por las facilidades concedidas en la consulta de documentos del Archivo Municipal, sueño de cualquier investigador.



◆ *La Langosta* ◆

DEL ANIMAL LLAMADO SALAMANDRA

Animal prometeico de naturaleza anfibia, posee un vello color negro, adornado con diversas manchas de amarillos, naranjas y rojos mortecinos. Viajero nocturno, se hospeda en posadas agrietadas y húmedas durante el día.

Al igual que muchos de los congéneres, que forman nuestro bestiario mitológico, ha cautivado la imaginación de los hombres durante milenios.

Relata la tradición que por mor de singulares fluidos, recios humores que torrentean en el interior de su cuerpo, y siendo estos muy particulares, sus entrañas poseen un frío sin igual ni comparación. Cualidad ésta que le permite las proverbiales andanzas y huroneos por caminos iluminados de todo tipo de fuegos. En sus correrías atraviesa las llamas a voluntad sin sufrir daño alguno. Lar, chimenea, luminarias, brasas o fogón no representan obstáculo alguno para ella, incluso la escandalosa llama gavillera no le hace daño alguno.

Se ha creído que la canalla brujeril y el gremio esotérico de los alquimistas tuvieron debilidad enfermiza por este urodelo

salamandra en el llameante corazón de sus fraguas lanzábanse prestos e iracundos a martarlas, pues era tenido por muy cierto y seguro que no tardaría el fuego en consumirse con gran prejuicio para su labor. Este mágico poder

Refiere Eliano, latino que en sus escritos enriquecía primorosamente la lengua helénica, dándolo por bueno, que los herreros romanos al descubrir alguna

asentó sus reales en la cultura popular, llegando hasta el Renacimiento el oficio de vendedor, individuos o familias, que comercializaban con estos animales vivos, como amuleto protector contra incendios. En comenzando este en el hogar arrojando una salamandra a él se extinguía al momento, tal era el poder de su glaciario frío.

Una de las prácticas más perseguidas y severamente castigadas, pena capital, por el Senado romano era la de engañar al prójimo dándole a comer salamandra, con aviesas y criminales intenciones. Era proverbial la conocida malignidad de su carne.

Se ha creído que la canalla brujeril y el gremio esotérico de los alquimistas tuvieron debilidad enfermiza por este urodelo. Las primeras porque de las glándulas dorsales de la salamandra obtenían un veneno de resultados letales (alcaloide denominado samanderina), sustancia que se hallaba presente en algunas de sus pócimas y mesteres celestinescos. Los segundos en su quimérica búsqueda de la piedra filosofal: sacrificaron millares de salamandras en ígneos experimentos. En sus cenizas pulverizadas, concienzudamente maceradas en mortero, le añadían gotejas de mercurio, la reacción de la conjunción de los dos elementos debía producir el deseado oro. La verdad es que el mercurio debía ser estricta y extremadamente cuantificado: de lo contrario sus manejos fracasaban.



◆ *Salamandra* ◆

La fama de animal ponzoñoso le precede, en muchos lugares de La Mancha se sigue creyendo que la mordedura de la salamandra es un billete seguro para el “cortijo de los callados”. Vanos son los esfuerzos de la clerecía y taumaturgos locales ante el poder devastador del veneno aniquilador, la víctima no tarda en perecer.

Por tierras de Cataluña existe la convicción que aquel/aquella que por descuido o irresponsabilidad orina sobre el lomo de la salamandra muere envenenado por letales miasmas.

Plinio el Viejo lo temió, por las informaciones recogidas, como el animal existente más dañino para el hombre en la superficie de la tierra, pues todo aquello que entraba en contacto con salamandra se impregnaba de sus tóxicos efluvios: fuera vegetal o animal.

Existe una leyenda que cuenta como fue despoblado Obétago, cerca de Maranchon, Guadalajara, aunque el primero pertenece a Soria: hace mil años, siglo arriba siglo abajo.

Dicen que celebróse una boda de muchos posibles. Los preparativos auguraban largos días de jolgorio, comida y bebida, pues mucha fue la munificencia de los familiares de los contrayentes. A los esponsales fueron convidados todos los vecinos del lugar, por aquellos tiempos floreciente y poderoso, salvo uno que encontrábase, o dijo encontrarse enfermo, disculpó su ausencia. En la preparación de la comida, un caldero de enormes proporciones hervía alegre, esperando la llegada de los recién casados. En un lamentable descuido de las cocineras permitió que una malévola salamandra calmara el polar frío de su cuerpo en el calor del “puchero de tres vuelcos”. Resultado final, todos los asistentes al banquete nupcial perecieron en una horrible agonía, salvo el postrado en el lecho de la enfermedad. De esta forma se cuenta como se deshabitó Obétago. El único superviviente llevó con él la tragedia del suceso y, que generación tras generación se transmitió oralmente.

LA TÍA CATALINA

De figura enjuta, secarrona, cara deslustrada de palidez inquietante, ensapillá dicen que estaba. Sus ojillos no miraban, caían incendiarios sobre lo mirado. Revenía como el agua dormida, de carácter arisco, hacía malas gachas con todos.

Hogaño, en Torre de Juan Abad, son contados los hombres o mujeres-memoria que recuerdan a la tía Catalina y los misteriosos hechos sucedidos. Para las gentes nuevas, la historia de la tía Catalina es totalmente desconocida y de los que conocen la historia, sólo con la complicidad nacida de una larga amistad y la inhibición intimista, alguno de ellos se atreve a hablar de “la cosa”. Otros remolones, hoy, la cuentan con inaudibles susurros en el, cada vez más menguado, grupo familiar.

Al fabulista se la contaron a cachos y cojitranca. Al igual que el Guadiana, aparecía y desaparecía, guadianeando, entre el casquerío caminero y la confesión soportalada, mucho de secreta, y por supuesto reivindicando el anonimato.

Se recogieron tres variantes que, si bien un punto diferentes en las formas, coinciden en el fondo, no alterando el resultado final del relato. Con ellas y los años se ha podido medio emparejar la brujesca historia de la tía Catalina, donde abundan las zarzas y que se tiene por muy real.

La protagonista de este nublado relato, reúne todos los elementos singulares y las características generales que, definen y determinan un arquetipo popular definitivamente establecido, aún vigente, de todas aquellas mujeres aficionadas a brujear o tipificadas como brujas.

La tradición oral afirma que los acontecimientos, mordidos por las alucinaciones

que produce la perseverancia de la pobreza, sucedieron lindando la mitad del siglo XIX.

Por aquellos entonces, la tía Catalina, vivía viuda y pobre. Sin un peazo de tierra, ni un roal en la vega, ni una cabra, ni oveja, ni gallino... por no tener, ni gato tenía (lo que contradice la tan conocida regla que todas las brujas tienen uno).

Se la tenía como lagartona, la nube infantil la conocía como la “demonia”. Siempre andaba cancamuseando con ella misma y los saludos de sus vecinos, nunca correspondidos, estaban llenos de aprensión y temor. De figura enjuta, secarrona, cara deslustrada de palidez inquietante, ensapillá dicen que estaba.

Sus ojillos no miraban, caían incendiarios sobre lo mirado.

Revenía como el agua dormida cuando la despiertan, de carácter arisco, hacía malas gachas con todos.

Sus años medianeros con los cincuenta, poseían la decrepita ancianidad de los desesperados y olvidados. Ciertamente la vida había sido muy perra con ella, en exceso. Cuando callejeaba, que eran habas contadas, pues apenas salía de su enzurronamiento, vestida con el único y raído vestido negro, mil veces recosio, que antaño fue el de la boda, era mortaja viviente. Más que callejear en la soledad de los anochecíos invernales, flotaba en las recién llegadas sombras.

Desde la mala muerte de su marido esnuaco por una maldita y cerril mula torda, la terrible

miseria ocupaba el lugar del hombre. Cuantas noches cumplió con la cena... en sueños. La acuciante necesidad la convertiría en una hábil y casi invisible rebuscadora: aceitunas, granos de trigo, cardos, bellotas... recogíendolas una a una, los granos de uno en uno, temerosa y resentida de ser descubierta. Acudía a las rastrojeras, a las eras, disputando feroz a las aves las sobras esturreadas y casi invisibles.

En su casilla de barro y pajizo, algunas piedras... sin gatera. En el interior, ringás se encontraban la meseja y la única silleja. Junto al fuego de la chimenea un poyete.

Lo que no se ha dicho hasta ahora, es que la tía Catalina tenía dos hijas hechas como la madre al agotador trabajo y a las perrerías

de sus vidas, que ponía las dos manos en aquello que fuera menester para poder salvar el comer diario.

La mayor, la

Jerónima, melga hasta en la bilis de la sesera a la madre; la pequeña, María, moza hermosa, cascabelera y cuerpo de verbena. Las continuas penurias que ajaban más y más a la Jerónima, parecían hacer florecer nuevas hermosuras a María, que tenía dos ojos como girasoles, llenos de soles enamorados.

Para la María, tenía la tía Catalina, secretas esperanzas y pensados planes, que en saliendo como Dios quiere y manda... al fin, ahuyentarían un algo los padecimientos de su sinvivir...

La tía Catalina que era zorra ahumá, había calado que, el mocerío del pueblo rondaba a María, que ya estaba de bien merecer y más desear. Los mozos le tiraban a la moza las azuladas aleluyas, que encabronaban a la madre, y le botaban los pañuelos a sus pies, galanteos que ponían a sacar las muelas a la Jerónima.

La madre, que no se había caído de la higuera, asentía para sus adentros, que muchos de los mozos acudían a la olisma de hembra, por ver si caía la cata. El tiro de la tía Catalina era aviar un casorio de posibles.

Dos rondadores, hijos de "casas grandes", los apartaba por saberlos imposibles. Otros eran de familias bien puestas, con suficientes fanegas de tierras, para que después de la boda, suegra y cuñada no pasaran más apreturas. Además, decíase la tía Catalina: "*Sí añadimos al continente, el contenido, será harto difícil no encontrar un buen partido para la María, pues, ésta, a más de aportar las alegrías de la carne joven, es retozona, apañá, dispuesta, limpica, y de casquerio juguetón como campanilla de monago travieso*".

Pero, los jodios "peros" siempre tracamundeaban la vida y las esperanzas, en más ocasiones que uno cree merecer y la tía Catalina no iba a ser una excepción... pues, María, cucona en el más cuco de los secretos ya tenía galán apalabrado y elegido, por él se aluciaba coqueta para las fiestas de la Virgen.

¿Sabe usted...? La gente vieja dice que: "*dineros y amores son difíciles de esconder*"... y los vientos ventearon a la tía Catalina, los amoríos de su María con el gañán, ¡*Ah... eso sí que no mayoral!* Sus trapacerías y sueños se iban a pique. No lo permitiría de ninguna de las maneras: la iba a poner más tiesa que el camino de Almedina.

La tía Catalina, al cabo de la calle de la jodía comisión amorosa de María, la llamó a capítulo. El cara a cara de las dos, fue de uñas, terrible, las dos echaron toas las muelas. La escandalera y los afilados gritos de la madre burlada se escucharon en todo el pueblo. Ni las poderosas razones de la sogá sobre las carnes hicieron mudar de norte a María. Para la muchacha estaba claro como el agua de la fuente Grande: pasara lo que pasara, con su gañán o con nadie se casaba o arrejuntaba. Y saliera el sol... por los pizorros.

Pasaron los días y la María no cedía un celemín ante los castigos y acoso de la furiosa madre.

Entonces, la tía Catalina, en viendo que no era capaz de emparejar la porfía de su hija, una noche poseída por mil demonios, se le marcharon las entendederas del pensaero y las pocas luces que aún le quedaban, se fueron de paseo al Pilar: soltó una espantosa maldición sobre María: “*Así se te lleve el Diablo*”. El Diablo no se la llevó, pero le metió dentro a uno de sus entusiastas diablos infernales.

Una de las variantes de la historia sostiene que fue la manejanta de la tía Catalina, que en un arranque de cólera, que viendo lo inútil de sus manejos de tercería, recurrió a sus mañas de lo oculto e hizo un pacto diabólico con el Maligno: sobre piel reseca de cabrón negro y con su sangre, escribió su servidumbre y entrega de su alma al señor de las tinieblas, si éste ponía a su servicio sus ilimitados poderes para quebrar la voluntad de su hija y conseguir sus propósitos.

Fuera por la maldición, fuera por los sortilegios maternos o fuera por las judías de la grey infernal, la verdad del Señor es que María, víctima de un destino cruel, empezó a consumirse lentamente. Rumores que los hubo y muchos, bisbiseaban que la pobre María perdía la belleza y galanura con sobrenatural rapidez. Muchos torreños afirmaban que la María estaba “cogida de brujas”. Apenas salía ya de casa y cuando lo hacía, los vecinos que la descubrían vagar por las calles como alma en pena, quedábanse pasmados... ¿dónde estaba aquella sana y guapa moza que engarabataba al mocerío?

La tía Catalina en su terquería, jamás cayó en cuenta que fue peor el remedio que la enfermedad, ahora todos los galanes huían despavoridos, hasta el secreto pretendiente puso tierras por medio.

Y llegó la hora en la cual el diablo creyó pasar cuentas, cobrar los intereses del apaño con la tía Catalina, y que mejor manera que

llegarse de visiteo a la casa de su fiel servidora.

En aquella primera noche de visita demoníaca, estaban las tres mujeres sentadas junto al fuego. Mudas, remirándose con odio asesino, cuando las llamas del fuego empezaron a aumentar con rara desmesura sus lenguas verticales, a bailar enloquecidas. A las mujeres, todos los

pelos de sus cuerpos se les pusieron tiesos, tiesos, un

Muchos torreños afirmaban que la María estaba “cogida de brujas”

espeluzno helado empezó a culebrear por sus resecos cuerpos: “¡está aquí, está aquí...!” gritaba histérica la Jerónima. La tía Catalina y sus dos hijas no lo veían, pero sabían que el diablo invisible estaba allí, invisible junto a ellas. Notaban su presencia hasta el rincón más oculto de sus cuerpos y en el más recóndito recoveco de sus atormentados espíritus.

Cuando estas sutiles y glaciares manifestaciones incorpóreas se presentaban, costumbre por lo que cuentan se hizo frecuente, se producía un prodigio espectacular, que causaba las agonías de la muerte a la tía Catalina y a la Jerónima: contemplaban atónitas, como la antaño llena de gracias María, lenta, muy lentamente... se transformaba en una horrenda y descomunal bicha que lanzaba incendiarias miradas, que serpenteaba por la silla llena de babas, siseando amenazadoramente.

Jamás, vecino alguno, supo ni averiguó, las vueltas que se dieron por la casa el diablo y sus retorcidos gañanes infernales, pero juraron que fueron muchas las noches que se oyeron los desesperados gritos de las mujeres.

No mucho después que empezaran aquellas misteriosas ocurrencias, la tía Catalina moría. Fue en una noche atemporalada, de grandes ventoleras, rota por centenares de chispas, culebrinas y atronador tronero. Noche como aquella noche no la recordaban en Torre de Juan Abad.

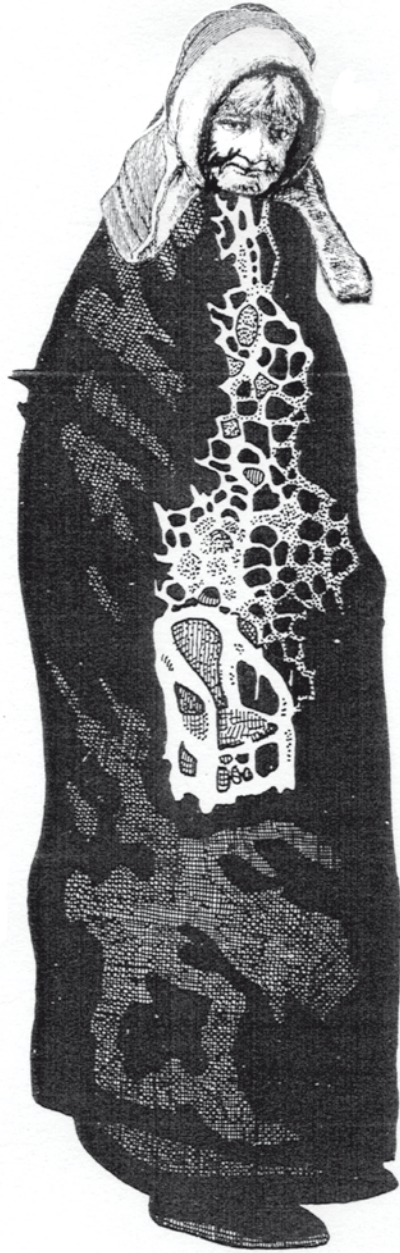
Lo más extraordinario de aquella negra noche singular fue que, en agonizando la tía Catalina, a la olísma de la muerte empezaron a llegar hasta la puerta de la casa perros y más perros. Perros del pueblo, perros forasteros, grandes, pequeños... mil leches, bordes, mastines, alanos, galgos, podencos, conejeros, reseros... Reunidos, en gran número, aullaron lastimosamente durante horas y horas. Aquella noche dicen que el pueblo no pego ojo, en todos los hogares se encendieron palomitas y velas protectoras a los santos queridos: Virgen de la Vega, Santa Bárbara, San Cristóbal, San

Antón... a la Virgen de los Remedios y de los Milagros. No sabían de qué tenían que ser protegidos y salvados, pero pedían ansiosos la protección celestial.

Un vecino más audaz que el resto, entreabrió el ventanuco callejero para pasantear, y atinó que entre todo aquel perrerío que hacían juntas, había un gran perrazo negro, era el que aullaba con más grande sentimiento y dolor.

A la mañana siguiente se enterarían, que aquella inolvidable noche, la tía Catalina le dio por morir. Entonces, sí quedaron convencidos, que la pobre mujer era bruja.

Nota: Ya se sabe, los nombres de las protagonistas son imaginados.



◆ *La Tia Catalina* ◆

EL VACO

Los cuernos del vaco le partieron el corazón matándole allí mismo, pero no te creas que el animal, poseído por quien sabe Dios, dio de mano con la primera corná...!cá! se cebó con el “Nolin”, no paró de amorcarle y de lanzar al aire el cuerpo muerto del mayoral, volaba el “Nolin” como los peleles.

Torre de Juan Abad

“A Manolo Vélez, por una historia de brujas contada en una noche negra de noviembre y por el privilegio de su amistad”

Las campanadas del anciano “Canseco” escamonean los recuerdos del hombre-memoria que, junto al fabulista, bajo los soportales de la Casa de la Tercia, contemplan divertidos el volandero aquelarre gorrioneríl que se esta celebrando en la fuente de la plaza de Arriba.

¿Sabes...? siendo yo muy mocico... mi abue-

lo fue un hombre que tenía la hombría en el pensaero, la moral en las manos, el corazón en los ojos... fue un contador de historias extraordinario. Él me contó lo del “Nolin”... también me contaba que si echabas una abeja al aceite se moría bien muerta, pero en echándola en vinagre, revivía al contado... algunas noches al orico de la lumbre me decía que en pudiendo dejara de ser escuelante en terrones de tierra y aprendiera otro oficio, pues, el hombre de campo, por aquellos entonces, “llevaba bolsillos en el traje por fantasía y boca en la cara por burla”. Años después supe que estas palabras las había sacado de un famoso catecismo campesino. El jodío abuelo, leído que era, y lo suyo le había costado. Volviendo al “Nolín”, verás... fue un serrano de aquellos que no hacían gachas ni con ellos mismos. Mi

La sierra no sé qué tiene, pero a veces endemonia a algunos hombres

abuelo creía que había nacido en un cortijete de las Ventas, aunque hay quien dice que por Orcera.

La sierra no sé qué tiene, pero a veces endemonia a algunos hombres: las soledades risqueras, barranqueras que amagan con tragar y devorar, los fríos y oscuros silencios sin esperanzas, esos vientos matababras que tracamundeán la sesera a los hombres, la perra miseria... vete tu a saber, pero lo cierto es que les hincaba el demonio muy adentro.

Pues bien, el “Nolin” era uno de esos serranos endemoniados que bajó a las llanuras en busca del pan y de moza nueva para casorio. El pan lo ganó bien ganado, pero no hubo moza graná que le dijera “que ojos más bonitos tienes” y se quedó en la linde.

Llegó a mayoral en uno de los grandes cortijos que había por la Mata, cuando la Mata era la Mata.

“Nolin”, todo lo que tenía de exagerao de cuerpo, era un hombrón, lo tenía de lobo encabronao, cerrilote, con muy malas asauras. En una palabra: un alma negra. No había gañan, jornalero, pastor... en el cortijo, que no le temiera más que a un nublao... y es que era lo no visto, pero como las faenas iban al gusto del amo, este no le tenía en cuenta las judiás. Contaron, pero yo no me lo creo, que a

veces mató lobos a cantazos, aunque cuantimás tratándose del “Nolin”, uno nunca podía estar seguro de nada.

Y llegó la hora que el demonio se encontró con el diablo.

En una de las vacadas que tenía el cortijo nació noramala un becerro, jarote encendido, de cabeza llorona y cornivuelto.

Han pasado muchísimos años desde el sucedido, pero sigue teniendo su quisicosa de busilis, no se supo, ni se sabrá nunca, la razón cabal y verdadera del porque el “Nolin” cogió tal malquerencia al vaco. Cuentan que era porque les tenía ganas a todos los pelopanizos. La verdad del Señor, es que a poco de nacer, allá donde se daba con él se liaba a palos y patás, hasta que el animal aterrorizado huía escondiéndose al calor y refugio de la manada.

El jodío “Nolin” se pasó días enteros bicheando al torejo, y al contado que lo tenía a la vera... bardascazo que le soltaba. No remataba el jornal a su gusto si antes no se la liaba al pobre vaco.

Becerro, eral y novillo pasó más que el se tragó las trébedes.

Las ansias de castigar al vaco parecían no tener hartura. Los gañanes empezaron a rumiar que aquello tendría mal fin, que esas formas no eran normales. Mismamente parecía que el “Nolin” tenía el juicio más esrramao que la madre de “La Cerrá”, hay quién decía que, aquello no era otra cosa que las ansias loberas de serrano endemoniado. ¡Torcías razones que se les meten a los hombres en el magín!

¡Ea...! y paso lo que tenía que pasar. El diablo se la urdió al demonio. La cosa vino porque ese día, el “Nolin” fuese por apuesta, por estar chispa o por la mala sangre que le corría por el cuerpo por arrobos, se fue tieso para el animal que estaba en un acarraero. El vaco que lo vio de venir no hizo mención de huir, era ya un lúcido cuatroño y va el “Nolin” cerrando la manaza aquella que tenía y le pegó

una borricá de mojicón en toa la testuz, un poco más arriba de los ojos, pero muy poco... y el pobre vaco cayó a pique, tal le hubiese pegado un rayo, sin sus conocimientos, más muerto que vivo. Y el cabrón de “Nolin” pegándose unas risas que se oían en el Castellar.

Después de la judiá, en el resistidero que era de no aguantar por aquellas horas, el “Nolin” hizo un apartaero bajo la sombra de una carrasca para un pegaojos como él decía, pero que nadie se maliciara que dormía como las liebres... ¡joder! de qué poco le valió su liebrería. En aquella

¡Torcías razones que se les meten a los hombres en el magín!

¡Ea...! y pasó lo que tenía que pasar

lumbreira, al “Nolin”, no le quedó otra que quedarse más dormido que oso en osera. ¡Y como roncaba el sojairao aquél!

En eso el vaco empieza a rebullirse, a ser el mismo, a ponerse sobre las cuatro patas, a dar cabezonás pá tos los laos... atinó al “Nolin” esturreado bajo la carrasca, talmente un bendito. Se malició el vaco que era su hora llegada de tomar justa venganza por todos los golpes recibidos.

Mi abuelo contaba que en aquellos momentos al vaco los ojos le rebrillaban muy raros, la verdad es, que el cuatroño pelopanizo empezó a trotar a escape para el dormidero del “Nolin”, con blancas y espumosas rabias en los morros más parecía visión del más allá, se olía el negro rencor del animal. Los ladridos del perro resero despertaron al “Nolin”... que tuvo el tiempo justo de ver como uno de los cuernos le entraba por el pecho, ni se enteró de que iba la comisión. Los cuernos del vaco le partieron el corazón matándole allí mismo, pero no te creas que el animal, poseído por quien sabe Dios, dio de mano con la primera

corná...¡cá! se cebó con el “Nolin”, no paró de amorcarle y de lanzar al aire el cuerpo muerto del mayoral, volaba el “Nolin” como los peles. Sólo quedaron cachos que no eran conocidos. De los testigos que presenciaron

aquello... ni uno se atrevió con el vaco. Todos dijeron lo mismo... que estaba endiablado y que no hubo uñas de acercarse.

El vaco traspuso para su acarraero... y hasta aquí llega mi memoria.

* Curiosamente en el libro IV de la “Historia de los Animales” de Claudio Eliano, se cuenta una historia muy similar, donde se pondera la gran memoria que tienen los bueyes contra los maltratos de los boyeros, y de la venganza de aquellos contra estos.



◆ *El Vaco* ◆

II. CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES DEL CAMPO DE MONTIEL

1.-DE TORMENTAS Y TEMPORALES. 2.-DEL MAL MIRAR. 3.-COSAS DE MUJERES.
4.-DE LOS ANIMALES. 5.-DE LOS USOS DE LAS PLANTAS. 6.-BRUJAS. 7.-DEL DEMONIO.
8.- DE LA MUERTE Y FINADOS. 9.- BUENOS Y MALOS AUGURIOS Y OTROS USOS
Y COSTUMBRES CHOCANTES, QUE MERECE LA PENA ANOTAR.

DE TORMENTAS Y TEMPORALES



Montaje fotográfico: Menchu Garcerán.

«Para el nuble de la piedra ... escribirás estos nombres en trapo nuevo, y meterlos/as en fusta; y meterás la fusta en medio del sembrado, y no asentaré la nube de la piedra en aquella partida; y es lo siguiente...»

Nuestros hombres y mujeres en habiendo resultado estériles sus liturgias, plegarias y peticiones de socorro al santoral local, verbigracia, Santa Bárbara... se agarraban a los clavos, al rojo vivo, del empirismo mágico.

Hasta ayer por la tarde, existió en nuestra Mancha una singular costumbre conjuradora

Sacaban a la calle o al corral las trébedes muy calientes con las patas hacia arriba

de interminables temporales, que exiliaban a los hombres, en contra de su voluntad y necesidades, junto al fuego del lar donde rumiaban su desesperación. Al tiempo sonaban, agoreros en las puertas, los aldabonazos hambrientos. Original y heterodoxo conocimiento ancestro-mágico, que hombres y mujeres usaron como recurso coadyuvante. Con él se esforzaban en detener el inacabable diluvio y su puntual relampaguerío.

Y era que, para que dieran de mano los «larguísmos» días atemporalados, duraban interminables semanas, las abuelas sacaban a la calle o al corral las trébedes muy calientes con las patas hacia arriba. Decían que con ello las aguas se detenían. El vapor caliente, nacido del metal en contacto, con la lluvia ascendía al cielo, calenturas que secaban las aguas escondidas en los nubarrones. Pero los más ancianos miraban con mal ojo esta costumbre, pues creían que con ello el agua se asustaba, se ofendía, y que no ha tardar las lluvias desaparecerían durante largo tiempo, convirtiéndose en sequedad lo que antes eran campos anegados, apareciendo la mortal sequía. Resulta curioso comprobar el respeto que los ancianos, varones siempre, sentían por la lluvia. ¿Reminiscencias de un culto animista?

El asunto de callejear trébedes debió estar muy extendido por toda la península, ya que en 1541 en las Constituciones Sinodales del obispado de Mondoñedo se las condena a

ellas y a sus oficiantes «...*muchos hombres y mujeres tienen por costumbre, el tiempo de hacer relámpagos y truenos, de tomar las sartenes y las trébedes hacia el cielo, teniendo por cierto que con aquello se mitiga el trueno y el relámpago. Y como esto sea superstición morisca, ordenamos y mandamos que nadie de aquí delante ose tal hacer...*»

El arraigo de esta usanza haría inútiles tales órdenes y mandamientos. Las gentes seguirán usando las trébedes para alejar aguas, rayos y la piedra celeste.

Tal práctica iba acompañada de los rezos pertinentes a la Santa protectora por excelencia. Son docenas las oraciones a esta Santa implorando que espante los nublos que los rayos no hagan mal alguno.

*Santa Bárbara doncella
libramos de las centellas
y del rayo mal airado...*

Eran varios, curiosos y enlabyrinthados en la memoria colectiva, los medios utilizados, con un alto componente mágico, por nuestra cultura popular contra la amenazadora presencia de las nubes y su tormentear: coger un puñado de sal y lanzarlo en mitad de la calle en forma de cruz, procedimiento este que también era válido para amansar a las tormentas con mucho aparato eléctrico. Otros preferían lanzar la sal en sus corrales y mirando a los nublados le decían: “*¡deshazte mal nublo, como esta sal en el agua!*”

Algunos recurrían a la ayuda de las tenazas, pues creíase que poniéndolas en forma de cruz en la chimenea o en el corral, detenía el mal orage. Esta técnica consuetudinaria, también, se hacía servir para amedrentar a las brujas, que como se sabía desde muy antiguo tenían el poder de convocar y crear las tormentas. Desde la más remota y clásica antigüedad es conocida la estrecha relación que guardan las **brujas** con la anarquía atmosférica: famosas fueron en sus

tiempos las de Tesalia a las cuales los marinos culpaban de todas, o casi todas, las borrascas que les atormentaban en sus singladuras por los mares Egeo, Jónico y Negro. En nuestra Mancha se las tenía como diabólicamente hábiles en someter a su voluntad y enseñorear, la fuerza de los vientos, tormentas y granizos.

Otra forma de encarar las tormentas era con piedras, que previamente se habían recogido en Sábado Santo, de manera selectiva. Las elegidas «**chinas**» se debían lanzar al tejado; con ello, asimismo, se protegía la casa de las temidas “chispas”.

Sin embargo, era conocido, que había quien lanzaba, contra las nubes con la intención de «cristianarlas» piedras con muy aviesa intención. Se tenía la convicción que en sus negras y gaseosas entrañas se encontraba reunido el conventículo, “aquejarre” aéreo, orquestando relámpagos, truenos y aguas. Esta acción defensiva-mágica, cuentan, hacía huir atemorizadas a las brujas nuberás y exorcizaba todas sus «judiás».

Nunca estaba de más recibir las recompensas, en forma de inmunidad, por **rezar el Trisagio**. Y a buen seguro la chispa no caería en el hogar si era iluminado por vela bendecida. Los hay que la preferían «coger» de lugar sagrado, pues, estaban convencidos de su mayor poderío protector.

El ruido como importante, decisivo, elemento participativo en el rito de expulsión de los «malos espíritus» figuró profusamente en el folklore de los pueblos como espantatormentas.

Y es que las variables meteorológicas siempre sojuzgaron y tiranizaron a los agricultores con sus veleidades y caprichos, mortificándoles en numerosas ocasiones con el hambre, la miseria y la destrucción. El informante, anciano hombre-memoria de Cózar, recuerda como su abuelo le contaba que en los días tempestuosos salían los hombres con sus **trabucos** y disparaban al nubero bajero. En Cataluña,

algunos habitantes de sus pueblos, para mayor efectividad, bendecían la munición.

Las campanas era otra herramienta de defensa. Los párrocos o sacristanes avisaban del próximo peligro de tormenta, a la par que con su campanear pretendían expulsar a las nubes y lo que invisible; moraban en ellas. De este hábito queda la costumbre de lanzar **cohetes** al cielo ante la presencia de negros nubarrones que presagian fuertes lluvias, pero se ha perdido el auténtico significado. Hoy, el lanzamiento del coheterío se hace para evitar que la nube descargue sobre el “roal” propio.

Al tañido avisador se le unían ciertas ceremonias un tanto sospechosas « ... que el cura u otro clérigo siempre que pareciere estar el tiempo revuelto e tempestuoso, acudan a hacer los conjuros, conforme al ordenamiento y en esto no aya descuido, so pena que será castigado...»

“¡Deshazte mal nublo, como esta sal en el agua!”

Otro meteoro en extremo devastador por su imprevisibilidad, causante de grandes tragedias, eran las populares «nubes» que en cuestión de minutos destruían el lugar donde dejaban caer sus furiosas aguas. Son abundantes los pueblos de nuestra geografía que fueron arrasados en su historia (no hace falta mucho esfuerzo para recordar recientes tragedias) por la fuerza incontenible de la crecida de las aguas, sólo citaremos dos ejemplos:

«...vino una venida de mucho agua por mitad deste pueblo y se llevó muchas casas y la casa de su consejo y se ahogó una o dos personas...» (1548).

En una conmovedora carta escrita por los arrendatarios de las tierras situadas en la Vega (Torre de Juan Abad) y dirigida al Vicario General del Campo de Montiel, 1791, exponen:

Manuel Navarro, Christobal Soneira, Esteban de Resa y Jerónimo Martín, con todos los demás vecinos de esta villa, los que tenemos

arrendados las tierras de reguerío de Nuestra Señora de la Vega, sitas en la misma vega, hacemos presente a Vuestra Señoría con la más reverente súplica. cómo en el mes de junio día de la Ascensión del Señor, fue servido su Majestad de enviarnos una Nube tan mala, que con el motivo de ser el tiempo para cáñamos, patatas, trigos, cebadas, y estar tan adelantado y ser dicha Nube de tanta agua y piedra, que los nacidos en esta villa no han visto otra semejante; a modo que se llevó no solo las cosechas de todo cuanto agua y piedra alcanzó ...ahora nos hallamos que por el Mayordomo de recaudar senos ejecuta, amenazándonos.

En los pueblos manchegos hubo «nubes» que pasarían a la mitología popular, pues se les bautizaría con nombres particulares, y que servirán de punto de referencia cronológica

para la historia del pueblo: «*la nube de la maestra*», «*la nube de las perdices*», etc. teniendo cada una de ellas su particular suceso, y que la tradición oral ha conservado hasta hoy...

*“...porque mató muchas perdices, mató una cantidad de caza muy grande... porque a otro día por la mañana, gente que había en los cortijos, cuando vio el desastre se dedicó a buscar caza y venían con caballerías cargadas de caza (muerta)... hubo ahí a orillas de “**La Casa Torres**” un sitio que había muchos robles, se ve cuando lo roturaron...lo limpiaron trataron de dejarlos así, como alineados...y le pusieron 800 tórtolas, de conejos, liebres, de perdices...un desastre... la “Nube de las Perdices” fue el 3 de septiembre de 1929...”*

DEL MAL MIRAR



*Máscara carnavalesca de la Diablada. Oruro (Bolivia).
Hojalata, chapa de hierro y materiales diversos. Colección Internacional de Arte Popular
Juan Ramírez de Lucas. Museo Municipal de Albacete. Fotografía: García Jiménez.*

*Aires mohinos, caidones, amodorramiento, magantuceria, recalci-
trante somnolencia, falta de hambres, cara pajiza o en su lugar extrema
palidez, “estar cogido”, encanamiento, enflaquecimiento, rabiores, con-
vulsiones, vomiteras... todos estos, y otros más sutiles, síntomas de des-
equilibrio físico-emocional tan sólo significan una cosa: ¡aojamiento!*

De todos los peligros y amenazas, visibles e invisibles, que acechaban a los recién nacidos y criaturas de cortos años, ninguna tan temida y devastadora, como el poder que gozaban algunas mujeres de fascinar malamente. Aunque los adultos no salían indemnes a tales “brujerías”.

Ojeriza resabiada, hechizo, tiento brujeril, arte maligna, querencia contaminante y dañosa que, millones de personas daban y dan existencia real, temiéndola más que a un nublado.

También embrujan con la mirada y matan a aquellos a los que miran fijamente

Tal maravilla ya nos la cuentan los antiguos: consultar paradoxógrafos griegos y clásicos latinos. Ejemplo: “...añade Isígono que hay gente de la misma especie entre los tribus y los ilirios, que también embrujan con la mirada y matan a aquellos a los que miran fijamente durante largo tiempo, especialmente con ojos airados; y que los que más sienten su mal de ojo son los adultos. Y los que es todavía más destacable es que tienen dos pupilas en cada ojo...” (Plinio en su Historia Natural).

En el suponer que el lector no quiera, no pueda, viajar tan largo en el tiempo y en las bibliotecas, mucho más asequibles, puede consultar para su curiosidad, instrucción y regocijo personal, el “Tratado de Aojamiento”(principios del siglo XV)de nuestro enigmático Enrique de Villena y el “Tratado de las supersticiones y hechicerías y de la posibilidad y remedio dellas” (1529) de Fray Martín de Castañeta. Este autor titula su capítulo catorce, tras graves y escolásticos razonamientos, “...que el aojar es cosa natural y no hechicería”, conclusión que no compartirán muchos de sus contemporáneos y creídos afectados.

Sebastián de Covarrubias Orozco en su “Tesoro de la Lengua Castellana o Española” (1611) nos informa en su “Aojar: Dañar con

mal de ojo...y hoy día se sospecha que en España hay algunos lugares linajes de gentes que están infamadas de hacer mal poniendo los ojos en alguna cosa y alabándola, y los niños corren más peligro que los hombres por ser ternecitos y tener la sangre tan delgada; y por este miedo les ponen algunos amuletos o defensivos y algunos diejes, ora sea creyendo tienen alguna virtud para evitar ese daño, ora para divertir al que mira, porque no clave los ojos de hito en hito al que mira. Ordinariamente les ponen mano de tasugo, ramillos de coral, cuentas de ámbar, piezas de cristal y azabache, castaña marina, nuez de plata con azogue, raíz de peonía y otras cosas...”

Existe un magnífico trabajo de Juan José Espadas Pavón presentado en las Segundas Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha titulado “Informe sobre el mal de ojo en la provincia de Ciudad Real”, 1984. Igualmente el curioso puede meter mano a la interesantísima obra de Juan Blázquez Miguel “Castilla-La Mancha: Magia, Superstición y Leyenda”, 1991.

Recuerda el fabulista ver, en un pueblo del Campo de Montiel, como una atemorizada abuela escondía pegando chuscas al nietecito, daba sus primeros callejeos, tras las puertas del hogar. A lo lejos, pasanteando venía la tía X con fama, maliciaban, de poseer el tan temido poder de echar el ojo.

Opinaban algunos que sería ello sin mala intención, pues quiere algún conocimiento, que eran sus ansias ante la vista de un hermoso niño, más que la supuesta maldad, las que aojaban muy a su pesar. Otros mantenían que era su natural.

Los de peor saliva, pejigueaban que, donde caía su mirar ponía el mal... ¡y ay de aquellos malquistos por ella...! No en vano afirmaban que las aojeras purgaban por los ojos sus malos humores y envidias: ni las bestias se libraban de su enojo ocular. Y nada de disputas linde-

ras. Historias hay que diz, que más de uno se arrepiñó del pleiteo...escuchimizado él, las corderas sin leche, y los gallinos sin fuerzas para madruguear, hasta los gallos se quedaron sin su canto.

No hubo pueblo ni aldea en nuestra geografía manchega que no tuviera mujer, ya anciana, con revenios de medio bruja y, de trotaconventos, un repizco, capaz de agachar a los niños -y a los adultos- con sólo catarlos con la mirada. Universal y fascinante personaje que ignoraba el gran poder que le atribuían sus convecinos. Le toca algo a la abuela Medusa, hermana de las Gorgónas, la de cabellera de culebras, que petrificaba a los humanos con sólo mirarlos: Perseo con la ayuda de Minerva y Plutón, dióle justa muerte.

Tiempos hubo que fueron acusadas de agostar cultivos y causar en las animalías devoradora consunción, teniéndoselas que ver finalmente con la feroz, inmisericorde y burócrata justicia del Santo Oficio. Algunas pagaron con su vida la profundidad e intensidad de sus hermosos ojos.

Hogaño o hasta hace pocos días, cosa singular, a pesar de su popular y silenciada fama, tal personaje curiosamente convivía mismamente con el lobo hechaizo, pacíficamente con el resto de la vecindad, sin dejar por ello de ser temida más que respetada. Vigilada en sus idas y venidas, al quite de sus visiteos.

Sólo en círculos íntimos se osaba a verter alguna que otra velada acusación, no sin temor, no fuera el caso que las palabras llegaran a sus oídos.

(Siendo la bruja de un cuerpo, mucho más terrible y con mas negra prosapia: "... *antes había muchas brujas, y fue venir la Bula de*

la Santa Cruzada y desaparecieron las brujerías... a lo mejor te encontrabas por la calle un ovillo hermoso de lana y cuando ibas a cogerlo se transformaba en un gorrinote..." – Información recogida por el fabulista–).

También las menstruantes podían provocar el aojamiento en los recién nacidos, si bien en este caso involuntariamente: la malignidad de la sangre envenenaba los ojos, nacimiento del royo de la fascinación. Sabedoras de ello muchas mujeres en su costumbre evitaban por todas, todas, mirar a los niños. Otras, las menos, más perversas, aprovechaban el momento y la fuerza lunar para tomarse venganza de afrentas recibidas.

El conocido actualmente como "síndrome de muerte súbita infantil" no ha mucho era tenido en la generalidad de zonas rurales como desenlace del tan temido mal de ojo.

A los anteriores objetos citados por Covarrubias a modo de protección, el fabulista ha reconocido la permanencia de fe y esperanza en abuelas y madres en nóminas escritas con microscópicas plegarias que actúan como escudo defensor, escapularios, medallas, cruces de retama, higas confeccionadas con cuerna de venado metidas en las fajillas ventrales o colgadas del cuello, hierbas y oraciones, etc., convertidas en amuletos y talismanes que preservan del aojamiento.

Resta que estando a punto de dar de mano con el siglo y su modernidad, asombra el número de supuestos aojados que acuden a curanderías, consultas de videntes, astrólogos, sanadores, ensalmadores, rezadoras... en las grandes ciudades para curarse del mal recibido y sufrido, transmitido por alguna anónima aversión.



Diana Cazadora. Bajorrelieve, siglo III a.C. Según Julio Caro Baroja, con esta deidad romana de los bosques estaban relacionadas las xanas de Asturias, las lamiak vascas y las dones d'aigua de Cataluña.

[1]

Para concebir hembra se debía cohabitar tres días después de la menstruación y con luna menguante.

[2]

Cuando la curiosidad de la embarazada la llevaba a la bacinería de querer averiguar el sexo de su futuro bebe, colocaba sobre o frente a las ascuas del fuego del hogar, una paletilla de liebre o conejo: si se rajaba, era niña, si ardía, niño.

[3]

Muestra inequívoca del estado impuro de la mujer en estado menstrual, era, entre otras, la imposibilidad, hecho constatado consuetudinariamente, que tenía de hacer “ajoatao”: se cortaba tantas veces como intentos. También era desaconsejable su visita a las bodegas familiares: agriaba el vino.

[4]

La moza que salía de su casa camino del casorio, debía hacerlo con el pie derecho. De hacerlo con el pie izquierdo el matrimonio sería desgraciado. Al llegar las primerizas desavenencias, que siempre llegaban, de los nuevos esposos, las abuelas sentenciaban aquello de *j...mira que no salir con el pie derecho!*

[5]

Algunas mujeres tenían gran desconfianza y temor a comer cebollas, pues, temían que al hacerlo, quedar estériles. Hoy, más prosaicas y modernas desdican a sus mayores: afirman que era por lo del aliento.

[6]

Práctica muy frecuente, era aquella que, durante el primer corte de uñas al niño o la niña, era imprescindible la presencia de una vecina amiga cantando, oculta por una puerta... Decía que los cánticos servirían para que el niño o la niña desarrollara, en el futuro, una hermosa voz y un mejor oído.

[7]

Costumbre hartos singular y localizada

hasta el momento sólo en Torre de Juan Abad es, que cuando a las muchachas les llegaba la primera menstruación, la comunicaban a sus más íntimas, con la enigmática frase de: “*Ya he ido a Almedina*”. Palabras que se refieren al pueblo vecino, 10 kilómetros, pero que no se ha encontrado hasta el día de hoy, la posible relación de este pueblo con el nuevo estado de la moza. A las muchachas tardonas en tener su primera regla, las madres o abuelas las conducían a los Baños de Perete (Villamanrique), para que tomaran baños en sus aguas frías y medicinales. Testimonian que esta hidroterapia ayudaba a la aparición del recalcitrante retraso femenino.

[8]

Se tenía por muy cierto que, comiendo muchas almendras, a la mocica le “crecía” exuberante y atractivo el pecho. Así como el agua de lluvia del mes de mayo era la elegida y favorita para preservar un buen pelo y su posterior peinado.

[9]

La mujer que hubiera estado en contacto con pepinos durante la preparación de la comida y a continuación cometía la imprudencia de no lavarse las manos, existía la creencia tenida como cierta, que después al amasar la masa del pan, este una vez cocido, salía con pintas. Motivo de no pocas disputas, pues a la imprudente se la tenía, desde entonces, por “guarrisma” y “guirra” que era el sumún de la guarrería.

[10]

Para que a las mujeres les subiera la leche y la tuvieran en abundancia se las alimentaba con batidos de huevo y pan con vino. Es un hecho que, gran número de mujeres carecieron de los recursos necesarios para seguir este sencillo régimen alimenticio.

[11]

Llegada la hora del destete para cortase la leche, dicen, las madres se ataban fuertemente en los pechos grandes toallas o telas.

[12]

La primera visita o salida de la recién parida debía ser a la iglesia, de lo contrario al doblar la esquina más cercana, la esperaba el diablo y se la llevaba entre nubes de azufre.

[13]

Plutarco ya advirtió de la desconcertante conducta que las abejas muestran ante las mujeres, a las que tienen por señaladas enemigas. Es conocida la proverbial irritación que mostraban las moradoras de las colmenas contra el colmenero si este había mantenido ayuntamiento carnal con mujer, recientemente. Apercebidas de ello, la ira de las abejas extremadamente peligrosa, organizaban aireados vuelos que incordiaban al colmenero, con el intento de expulsarlo de las cercanías puras de la colmena. También resultaba inquietante, el comprobar la febril y nerviosa actividad que padecían las abejas, un ir y venir sin orden ni concierto, y que era manifiesta protesta, ante la presencia cercana de mujer menstruante. Estado que, por supuesto, desconocía el colmenero, y que por el volar encanallado de las abejas, quedaba en evidencia la situación contaminante de la mujer, ello servía para descubrir a la imprudente transgresora, con gran enfado del apicultor. Pues, se afirma que el estado impuro de la mujer destruía la miel y el buen orden social de la colmena. Se sabe, herencia milenaria, que la abeja simboliza la pureza, la higiene absoluta, la dulzura, la paz

espiritual... todo lo contrario que representa la hembra bajo influjo lunar o la recién parida.

[14]

En Villanueva de los Infantes se recogió la siguiente tradición oral sobre el vestido de novia:

“...el día 20 de enero San Sebastián, es también una ermita que está en el pueblo pequeña muy bonita. San Sebastián que estaba en cueros, porque decía mi madre, santo muy joven, guapísimo... decía mi madre que, nos decía la gente antigua, que San Sebastián estaba en cueros porque estaba esperando de que lo amortajaran... de que lo pusieran la túnica de una recién casá, de una que se hubiera muerto esa noche... la primera noche de recién casá y como no había habido quien se hubiese muerto en esa noche por eso San Sebastián y que iba en cueros... decía mi madre...”

[15]

En muchos pueblos del Campo de Montiel en la época de la recogida de las aceitunas, la labor de recoger los suelos era exclusivo de las mujeres, pero no debían olvidar de hacerlo con las dos manos, pues en caso contrario y hacerlo con una sola mano se creía que el aceite se amargaba.

[16]

A ninguna embarazada le era permitido participar en labores de preparación y cocción de morcillas, se tenía por muy cierto y verdadero que de hacerlo las morcillas reventaban durante su cocedura. Se murmura de esta especial conducta de las morcillas que, sirvió para destapar más de una preñez tapada.

DE LOS ANIMALES



Gato. Percha de hojalata pintada. Con relieve. Colección Internacional de Arte Popular Juan Ramírez de Lucas. Museo Municipal de Albacete. Fotografía: García Jiménez.

[1]

Tenía más peligro que un “nublao”, beber agua en charcas, fuentes, pozas, arroyos, estanques... donde antes hubiera bebido o tomado su baño una eriza en periodo de celo, las aguas quedaban contaminadas, y al beber, el hombre, la mujer, era víctima de un rabioso dolor que se agarraba malamente a la “riñoná”.

[2]

Aceite y barro hecho un pegote, curaba las picaduras de las abejas. Otro apaño, para el mismo caso, era cieno y orina, esta debía pertenecer a la persona picada. Los dos recursos bajaban la inflamación y escampaba el dolor.

[3]

Precaución muy extendida y practicada, fue la de proteger a los rebaños o yuntas de la mordedura de las víboras, con pequeñas higas, fabricadas con cuernas de ciervo, que pendían de sus cuellos.

[4]

Esperanza gañanera y pastoril para los resfriados, era una “camisa culebra” sobre el pecho.

[5]

Como verdad del Señor se tenía, que el agudo dolor de oído era producido por un hambriento y voraz gusanejo, que habitaba en sus interiores. Dormidor empedernido, cuando despertaba, lo hacía con gran hambre y era entonces, cuando comenzaba a roer el interior del oído. Uno de los métodos más eficaces para hacer desaparecer las molestias era leche de mujer en periodo lactar. Se vertía directamente desde el pezón al interior del oído. Cuentan que era mano de santo, ya que calmaba las hambres del bicho. Se recuerda aún que los dolores que se sufrían por culpa de este “bicho” eran terribles y muy dolorosos.

[6]

Gato que se encenizaba en la chimenea: signo inequívoco de muda del tiempo. Si lucía el sol, pues, lluvia, si temporal, solano. Igualmente cuando los gatos se lavan la cara era señal del giro del tiempo. Enero fue conocido por el mes de los gatos.

[7]

La hernia infantil la trataban con singular arreglo: se salía al campo a cazar un lagarto, se degollaba sobre la hernia del niño, para segundos más tarde dar una serie de suaves masajes con la sangre del animal.

[8]

Los orzuelos sanaban, si el “orzuelado” hacía un majano y aguardaba, escondido, a que fuera derribado por quien pasara por el lugar. Al derribar el majano, se llevaba el orzuelo. Receta casera para el mismo caso era atrapar una mosca y aplastarla sobre el orzuelo y darse unas cuantas friegas con ella. Algunos creían que la causa de la aparición de los orzuelos era por las miradas amorosas de alguna “preñá”.

[9]

La “camisa culebra” bajo la boina, protegía contra los dolores de cabeza.

[10]

Si la llueca encubaba los huevos en viernes, buena señal, los pollitos nacerían sin hiel.

[11]

Ovejas: cuando sufrían de diarreas los pastores hacían un haz con torvisco y se lo ataban al rabo. En forma y manera que a medida que el torvisco se marchitaba así iba decreciendo la diarrea. Y si el mal estaba en el interior del animal, una vez localizado, se maznaba reiteradamente el lugar y se dibujaba con los dedos y sobre la piel del animal, una establecida cantidad de cruces.

[12]

Mulas: si al mear sus orines eran claricos, claricos...casi transparentes, indicaban que el tiempo iba a dar un vuelco. Misma señal era, si el animal sudaba mucho.

[13]

Una forma de evitar que las abejas, algunos dijeron “avispas”, no picasen, era morderse fuertemente la lengua, al verla cercana. Ancianos memoria que fueron en su mocedad gañanes y jornaleros afirman que siempre que así lo hicieron, jamás fueron molestados por el insecto.

[14]

Saber empírico de gran antigüedad era el conocimiento de las propiedades terapéuticas de las sanguijuelas contra el “mal costado”. Colocadas sobre la piel del enfermo se dejaban hasta que se hartaban y el enfermo sanaba, pues las sanguijuelas le chupaban la sangre pervertida. En Torre de Juan Abad las sanguijuelas de La Fuentecilla y de la legendaria Fuente de Las Sanguijuelas gozaron de gran fama. Esta última, de reconocido prestigio “internacional”, ya que en su tiempo llegaron enviados de reinos moros y cristianos en busca de los casi milagrosos animales. Hubo vendedores de sanguijuelas que iban casa por casa ofreciendo las sanguijuelas casi milagrosas.

[15]

La Fuente de las Sanguijuelas

Hogaño, la torre de la Higuera, en Torre de Juan Abad, es un anciano ruinoso, que lucha por permanecer en el tiempo y con los hombres. La menguada canalla córvida, asienta sus reales, en el interior de sus muros. Al fondo del paisaje, el castillo de Montizón.

Muy cerca, en el cerro donde está levantada la torre, otrora defensiva y de refugio, bajo su sombra, se encontraron en un tiempo dos fuentes, vecinas de pocos pasos: la una, la Fuente del Rey, que aún existe; la otra la legendaria Fuente de las Sanguijuelas, hoy protagonista de nuestra pequeña historia.

La Fuente de las Sanguijuelas, tiene una hermosa leyenda, de la cual se han recogido diferentes versiones, y que se cuentan de forma

muy parecida en Villamanrique y en Torre de Juan Abad. Figura en las Relaciones de Felipe II de 1575. La nuestra, pertenece al relato del hermano Aquilín, santero de la ermita de Nuestra Señora de la Vega, que se la relató al fabulista, en un frío noviembre de 1976.

Pues cuentan, que eran años del mítico Juan Abad, héroe epónimo; de Eznavajor, la Poderosa y muy Temida; de misteriosas presencias de los caballeros Freires Templarios, en la vega de la ermita de Nuestra Señora. Tiempos de algaradas, razzias, combates, de reinas moras, de frecuentes apariciones del Santiago Matamoros y de fronteras convulsionadas, de incendios sin fin.

Cuenta la tradición, que por aquellos días de juglarías y hazañas de guerreros sin temor, en las aguas de la Fuente, se criaba una singular especie de sanguijuelas, capaz de obrar asombrosos prodigios en los enfermos.

Y si abundantes eran los manantiales, royos y fuentes, en la zona donde tenían su hábitat estos anélidos, secularmente visitados para la captura de estos animales médicos, ninguno poseía la celebridad y fama, de nuestra Fuente de las Sanguijuelas.

Se hacían lenguas y no paraban, de sus propiedades terapéuticas, dejando en el aire, que algo misterioso les concedía tal poder extraordinario, tenido por asombroso.

Las inquilinas de las aguas de la fuente, tenían tal poder de curación, que fracasando sus hermanas de otras fuentes, ellas salían victoriosas, de la más rebuscada y complicada sangría.

Fueron, en aquellos años, requeridas por ilustres enfermos. Su fama les precedía.

Tantas gracias y bondades, predicaban de ellas, los voceros sanguijueleros.

Llegaban hasta el lugar, enviados de desconocidos y lejanos reinos, fueran estos cristianos o moros. Llegaban los viajeros, para hacer buen acopio de ellas. Incluso llegaron rubios infieles, súbditos de bárbaros reinos, más allá

de los Pirineos, buscando las mágicas sanguijuelas de la fuente y sus propiedades.

De uno de aquellos viajeros de lejanas tierras llegados hasta aquí, se guarda memoria.

Pues sucedió, que un gran y acaudalado señor, dicen que Visir del reino nazarí de Granada, aquejado por terribles dolores, producidos por pervertidos humores, sangre gorda muy venenosa, que mortificaban su cuerpo, contra los cuales no tuvieron éxito las variadas sangrías a las que sometieron. Tampoco lo más peregrinos tratamientos terapéuticos obtuvieron resultado alguno.

Y el acaudalado señor, a cada día pasado, dejaba la vida a ojos vista, entre desmayos y ayes. Más, dándole la nueva de la existencia de las maravillosas sanguijuelas, mandó a un eunuco de los suyos, harta la bolsa de monedas de oro, para comprar, si fuera necesario, algunos ejemplares, como ultimo recurso para sanar de tal mortificante y mortal mal.

Pero, antes de la partida, que fue a uña de caballo, fue severamente advertido que, andara cuidadoso y prevenido con el agua donde ponía las sanguijuelas: bajo ningún pretexto debía coger agua de fuente diferente para mantenerlas con vida y menos de arroyo forastero, pues ello les causaría la muerte o lo que era peor, les haría perder sus virtudes extraordinarias. Ello era, entendían los sabios, que las mentadas y famosos sanguijuelas, sólo les era lícito vivir en las aguas de “esa” fuente, donde habían nacido y vivido, pues, siendo el elemento liquido muy particular y de propiedades singularísimas, alguna de ellas oculta y desconocida, que trasmitía a las sanguijuelas, hacían que estas desarrollaran unas excepcionales cualidades curativas.

Asimismo fue informado que, al enviado, le iba la vida si intentaba engañar al amo, llevando otras diferentes, pues este tenía como consejeros, a físicos y astrólogos, sapientísimos en el arte de conocer las sanguijuelas, y

que estas eran: prietas como la noche sin luna y hermosas como ternero cebado.

Cuenta la leyenda, que desde Granada, atravesando las barranqueras y los bosques de Sierra Morena, llegó hasta aquí y pudo conseguir algunos ejemplares de la fuente, lo que no sabemos si gratuitamente o soltando algunas monedas. Las metió con su agua natural y regresó, sin aventura más, al palacio de su señor y con todas las sanguijuelas vivas y sanas.

Termina la historia con final feliz, pues aplicadas en diferentes partes del cuerpo, con grande alegría del señor, chuparon toda la contaminada sangre. A los pocos días del tratamiento, regresó la alegría y la salud perdida.

Aquilín cuenta, con su media sonrisa, que el siervo fue generosamente recompensado.

Otra variante de la misma leyenda, cuenta como el siervo enviado, trató de engañar a su señor con sanguijuelas distintas a las de la famosa fuente. Siendo descubierto él y sus impostoras sanguijuelas, pagaron con su vida el engaño.

[16]

El individuo atacado por una generalizada erupción de granos, que afectaba todo su cuerpo, para sanar, seguía el siguiente procedimiento: salir al campo, cazar una culebra, despellejarla y después de limpia, partirla en pequeños trozos y freírlos en aceite hirviendo. Una vez frita, el enfermo debía comérsela toda, sin dejar cachito alguno, por pequeño que fuera. Sanaba en un par de días.

[17]

Las perseverantes rijas, eran curadas, con la involuntaria colaboración de las lagartijas. Antes se debía atrapar a una de ellas, meterla en un pequeño frasco o tubo de cristal, recipiente de hojalata o jaulilla hecha de alambre, y colgarla del cuello. Como en casos parecidos, una vez muerto el animal, las rijas se secaban a la par del animal cautivo.

[18]

Se evitaba y se evita beber en las charcas donde hubiera sapos, de hacerlo le salían al bebedor grandes manchones de canas en el cabello.

[19]

Cuando algún animal padecía de dolencia o mal interno, uno de los métodos a seguir, era pasar una de las prendas de vestir de un melgo, por la parte afectada o dolorida del animal.

[20]

Se considera muy peligroso, dejar un cerdo recién sacrificado a la luz de la luna, pues se alunaba y se echaba a perder el tocino.

[21]

Cuando en el campo se encontraban con un nido de sapos, se echaba aceite en él hasta que el sapo aparecía flotando.

[22]

Para que los pollos salieran “estufones”, calzados, de suave y abundante plumón, las mujeres se ponían delante de la llueca, se soltaban el pelo, se bajaban las sayas y estaban de esta guisa un buen tiempo, para que la llueca las viera. La imaginería de gallino hacía el resto.

[23]

Cuando la gallina estaba “echá” en el nidal y caía “nube”, se colocaban cerca de ella dos palotes en cruz o unas tijeras, para que no se estropearan los huevos.

[24]

Cuando la familia se mudaba de casa y para que los gatos no regresaran a la querencia de la antigua, se les untaba de aceite las cuatro patas.

[25]

Piadosa y singular práctica era, que, ante la muerte accidental o premeditada de una golon-

drina, su matador debía recoger el cuerpecillo y en el corral, hacer con su barbilla un hoyo en la tierra, depositando en su interior el cadáver de la avecilla. Más tarde debía con su lengua cubrirlo de tierra hasta enterrarlo totalmente. Penitencia por haber matado la golondrina, ave bien amada por el Hijo de Dios.

[26]

Teniáse por cierto que las gallinas esperaban ansiosamente el 24 de diciembre, pues ese día las zorras ni cazaban ni hacían muertes. Fue también frecuente el atarles a las gallinas, en las alas, ramejos de ruda, pues creíase que con ello estaban a salvo del ataque del raposo.

[27]

Cosas de perros

De todos los animales que componen nuestro bestiaro manchego, es el perro, familiarmente “tuba”, sin duda alguna el que goza de mejor estimación y consideración por parte de los humanos. Actor de legendarias hazañas, heroicidades, sufrimientos, abnegaciones, y fidelidades, que perduran en el tiempo tras la muerte de sus amos. No obstante, tiene el perro un lado oscuro y tenebroso, que el paso de los años borra lentamente, y que ha cohabitado de forma extensa entre nosotros.

¿Quién no ha experimentado la sensación cercana al terror, los escalofríos que emergen desde lo más profundo de nuestros pavores atávicos, sintiendo como los pelos se le erizan como escarpas, cuando la noche es hecha jirones por el aullido del perro, que según el folklore vaticina la muerte de alguien?

Esta cualidad perruna, portadora de funestos presagios, ya aparece en las tablillas de Asurbanipal (Nínive), quedando en ellas escrito para la posteridad, que la aparición de un can negro en la puerta de la casa o junto a los pies de la cama, era la condena irremisible del enfermo.

Durante nuestro explosivo y exuberante Siglo de Oro, gozaron de gran predicamento los llamados “Perros del Alba”. Ejemplares singulares y especializados, usados con ahínco por los familiares del Santo Oficio, en el descubrimiento, gracias a un don especial y mágico, de criptojudáizantes y judíos ocultos. También fueron muy populares entre nosotros los perros busca-brujas, que en llegando al lugar, que se encontraba la mujer sospechosa, si el perro aullaba, era prueba más que suficiente para ser apresada, y tras el consiguiente tormento ser condenada. Se cuenta en la intimidad, que en un pueblo del Campo de Montiel, en una lúgubre noche de tormenta, falleció no ha mucho, una anciana con fama de ser diestra en artes bruñeriles, y haciendo junta todos los perros de la villa, marcharon hasta la puerta de la casa, donde aullaron durante horas. Suceso que conmovió y espantó a los vecinos.

Uno de los terrores de nuestros antepasados, lo representó la rabia, que aparecía tras la lucha cainita del perro contra el lobo o los raposos, por ello eran muy celebrados los perros con seis dedos, ya que se creía que ellos les hacía inmunes a tan terrible mal.

Como portador sentenciador de los malos hados, legado milenario de las culturas exportadoras mesopotámicas, es la leyenda, o cuento, que afirman que sucedió realmente, recogida en Torre de Juan Abad. Dicen, que una tarde de invierno, ya noche cernida, fría, ventosa, lluviosa, los románticos escribirían que rugía el aquilón, hallábanse los vecinos recogidos en su iglesia parroquial, escuchando la Santa Misa, cuando empujando la gran puerta, entró un enorme perro; algunos dicen que era negro como el pecado, y con gran espanto de los presentes, alzóse sobre sus patas traseras, empezando a beber con ansiedad del agua bendecida de la pila bautismal ante el estupor de los presentes, que les hacía permanecer

inmóviles. Tras saciar su sed, el misterioso perro, salió por donde había entrado, desapareciendo en las negruras. Y siguen contando, que cuando algún proyecto de la comunidad o del ayuntamiento da a través o al yerro, es consecuencia de una maldición celeste existente, ya que la impasividad, miedo o sorpresa de los asistentes, no impidieron al sacrilego y sediento animal consumir, tal tropelía.

[28]

El lagarto, la culebra y lo que le pasó a un gañán

“...pues cuentan, que en lo más jodío de la solana un gañán dormía la “siesta la yegua”, bajo la única carrasca, que había en el “peazo” tierra aquella; otros dicen qu’el “pegaojos” lo hacía bajo una galera. Lo cierto y verdadero es, que el gañán estaba esparramao en toa la sombra y dormido como un bendito.

Sin que el hombre la columbre, pues está vencío por la calor y la fatiga, una grandísima culebra se acerca donde duerme. Todos saben de la intención de la bicha: meterse por la boca abierta del mozo, y ahogarlo. Y es que son mu malísmas.

Ya estaba la culebra aquella, sobre el pecho del hermano durmiente, que estando más dormío y más que dormío, no había mundo en él... y ¡qué iba a darse cuenta de las judiás de la bicha aquella!... ¡ea! que no se da cuenta de ná, de ná y de la mala cosa, que le corría por el pecho de golpe, aparece a la carrera un dragón. S’atira cima el gañán, y con fuertes golpes de su cola lo despierta. ¿Entonces qué es lo que ve? Pues la bicha ya mu cerca de sus dientes, casi colándose ya... El susto del gañán está a punto de llevarlo a pique, mientras es el dragón, quién presenta los dientes y saca las uñas a la culebra, que huye cobardemente.

Por eso los dragones son amigos de los hombres”

[29]

Era de mucho provecho y beneficio para el amo de la casa, tener en los corrales, gallineros o en cualquier lugar donde hubiera gallinos, varios erizos para combatir la presencia de las ratas. Era muy conocida, la gran enemistad entre los erizos y las ratas, que huían espantadas, ante la presencia de aquellos. Con estos guardianes, gallinas, pollitos y huevos, estaban a salvo. Pero ¡ojo!... con las erizas había que tener sumo cuidado, pues, donde se encamaban, no debían acercarse las caballerías. Podían morir.

[30]

En Chiclana de Segura, que hasta el siglo XIX perteneció al Campo de Montiel, existió un singular tratamiento contra la enfermedad de la erisipela, en un evidente rito de transmisión. En primer lugar se debía coger una tórtola: *“y se daban con ella, principalmente, con la pechuga debajo del ala y generalmente solía marcharse la infección. En la mayoría de los casos, la tórtola cogía la enfermedad y llegaba a quedarse sin plumas”*. El informante afirma, solemne, que en casa de su abuela jamás faltaron tórtolas.

[31]

Sabido por todos los rabiches de los cortijos era, que para que un asno no rebuznara, había que atarle una piedra a la cola.

[32]

A los gatos levantiscos e intratables se les amansaba y les bajaban los humos cortándoles los pelillos de las barbas y de las orejas.

[33]

Algunos hombres-memoria recuerdan haber oído a sus abuelos, como en las antiguas Nochebuenas y en los Viernes Santos no se podía salir a cazar, porque esos días estaba prohibido por la tradición. Se tenía como cierto que, si algún impío cazador, haciendo caso omiso de la prohibición, salía a cazar, con toda seguridad sería castigado directamente por la divinidad él, e indirectamente los suyos o sus propiedades. Pero lo más frecuente era, que la presa, fuera de pluma o pelo, estaba protegida por el Niño Jesús, pues éste, desviaba los disparos del cazador. Otra creencia, ésta la más extendida, era, que en los días del Viernes Santo, si la presa era abatida y muerta por un disparo, a los pocos segundos se rebullía, volviendo a la vida y saliendo a escape.

DE LOS USOS DE LAS PLANTAS



Escobas amargas. Fotografía: Juan Antonio Sotos Nieto.

[1]

Para ahuyentar las acechanzas del Diablo y sus acólitos, se utilizaban ramas bendecidas de olivo colgadas de las paredes.

[2]

Una patata caliente colocada al final de la garganta, era uno de los humildes auxilios familiares más recurridos para sanar los constipados.

[3]

Terapia casera contra el reumatismo, aliviadora del dolor, fue el uso de la mezcla de ajo, machacado en un almirez, con hojas de espino. La pasta resultante se aplicaba a modo de cataplasma sobre la parte afectada por el reuma. Asimismo era conocido un preparado líquido compuesto de alcohol y ajos que, después de varios meses de haber estado en reposo y macerado era tomado a modo jarabe: la posología era de un vasito diario.

[4]

Uno de los contra-aojamientos más conocidos era colocar una camisa de melgo con hierbas, poleo, romero...en el tejado. A medida que las hierbas se secaban, desaparecía el mal de ojo.

[5]

Se protegía a los niños contra el temido mal de ojo metiéndoles en la fajilla de la cintura una higa de cuerno de ciervo y una bolsita conteniendo hierbas recogidas el mes de mayo.

[6]

Una forma casera, antaño cotidiana en los “roales” apartados, de curar el desarreglo fisiológico, conocido por el “estómago caído” o “las tripas caídas”, por haber comido algo en mal estado o fuera de época, era sumamente curiosa y son varios los testimonios recogidos al respecto. Al sufriente, se le colgaba por los pies, cabeza abajo, de la rama de un árbol. Se hacía un manojo con ramas secas o hierbas, y se le daban seguidos azotes al colgado, hasta que se suponía o adivinaba que el estómago había reencontrado su sitio. Poco después, el

enfermo era descolgado y los presentes podían comprobar, como la mejoría se veía.

[7]

Para curar las fiebres cuartanas, se agarraba en el torviscal, con la mano izquierda, la mayor cantidad de torvisco posible y sin soltarlo y con la mano derecha, armada de un palo o bastón, había que golpearlo hasta que el cuerpo aguantara. Otro de los remedios para curar las cuartanas, era la creencia, que estas desaparecían, dando un gran susto al enfermo. A mayor sobresalto, mayor efecto en tan peculiar tratamiento. (Terapia que aparece en “La Ciudad del Sol” de Campanella, donde apunta los excelentes y salutíferos resultados de un buen sobresalto para curar de cuartanas).

[8]

Las insufribles hemorroides se medio trataban con una pequeña patata en el bolsillo del pantalón. A medida que pasaban los días y la patata iba secándose, así se secaban y desaparecían las almorranas.

[9]

“...el día de San Antonio, aquí tenemos la costumbre...de San Antonio de Padua que es el 13 de junio...el 13 es San Antonio, y entonces hay costumbre en el pueblo (Carrizosa) de ir a coger espigas de trigo al campo...yo hace unos años que no voy...pero me las regalan... porque dicen que donde están las espigas, trece, de trigo no faltara el pan ni la paz, pero tienes que rezar...son trece espigas, pues trece padrenuestros, durante todo el año...todos los días del año, hasta el año que viene...¡ah!... tienen que ser trece espigas, trece de San Antonio que es el día trece y hay que escoger trece espigas...y hay que rezar trece padrenuestros...¡Ay...San Antonio bendito...!”

[10]

Una baya de ciprés en el bolsillo derecho

del pantalón, servía como amuleto contra el dolor de muelas, y en caso de sufrirlo, hacían un ramejo con torvisco y durante un tiempo había que dar con él una pequeña paliza a una piedra. Pasaba el mal a ella.

[11]

Si el aquejado de tener la barriga suelta, era jornalero o gañán, ponían el culo desnudo en contacto con agua fría. Aquello curaba la colitis o por lo menos la detenía. Pero había un tipo especial de diarreas, muy temidas, las que eran consecuencias del mal de ojo; para este caso, se fabricaba una correa de torvisco, que se ataba a la cintura. Marchitamiento del torvisco y mejoría del aojado, iban parejos.

[12]

Los hombres de campo tenían una manifiesta aversión en plantar higuera nueva, pensaban, que el árbol les tracamundeaba la salud. Era proverbial el temor que se tenía a la sombra de la higuera: hacía enfermar.

[13]

De la planta llamada Torvisco

Mata muy popular y estimada por nosotros, de un metro de altura aproximadamente, con florecillas de colores blancas y amarillas. Es su fruto de color rojo. Otrora abundante en serranías, cerretes y oteros.

Utilizada por sus virtudes en nuestra medicina popular, en cocimientos como purgante. Asimismo, su corteza debidamente preparada sirve con gran eficacia en cauterios.

Una de las utilidades –siglos de la alta Edad Media- casi desconocida en la actualidad, consiste en echar en los remansos y tablas de nuestros pequeños ríos, gran cantidad de bayas de este arbusto. Posee el fruto, la propiedad de contaminar las aguas, produciendo estado de embriaguez en los peces, lo que facilita en su atontamiento, la captura por las artes de nuestros pescadores fluviales.

Material mágico recurrente, y a mano fácil, era utilizado, colgado en las paredes de nuestras casas, para ahuyentar las visitas no deseadas de las brujas (la ruda y el torvisco en este apartado de espanta-brujas, han mantenido una pequeña confrontación en el saber popular, ya que si bien en algunos pueblos, la primera es la que posee la preeminencia como amuleto apotropaico, en otros es el segundo).

Para combatir la presencia de pulgas y piojos también eran remedio sus ramas, como elemento protector y atemorizador.

Nuestros pastores, acudían a su uso para combatir la diarrea, que atacaba a sus ovejas: se hacía un haz con ramas de torvisco y se ataba a la cola del animal enfermo, era creencia tenida como muy cierta, que en la forma que éste se secaba, el despeño desaparecía.

Calenturas, tercianas, cuartanas, entre otras, curábanse dando una fuerte paliza a ramos de torvisco depositados en el suelo con la mano izquierda y con un cayado o palo. Parecido resultado daba la zurra contra piedras con un haz de torvisco, a la vez que se hacían enjuagues de boca con orina propia: sanaba el mortificado por el terrible dolor de muelas.

Estas dos manifestaciones nos muestran cierto mucielagillo de antiguos credos animistas, y la posibilidad de transferir a los objetos el mal de los afectados.

[14]

De la higuera

Mujeres y hombres-memoria de nuestros pueblos, escarban en sus resbaladizos recuerdos, para contar los peligros que tenía, tiene, la higuera: es árbol perverso y de «malísima» sombra. Se sabe y se conoce, que aquél o aquella que ha estado bajo ella, al contado, le ataca una misteriosa enfermedad, bien del magín, bien del cuerpo que lo va consumiendo, mismamente como si estuviera cogido por las brujas. Hay pueblos convencidos, que testifican con juramentos de hombres buenos,

que la sombra de la higuera produce locura (el fabulista que es un catacaldos, experimentó el estar un tiempo bajo la sombra ... ciertamente no enfermó, pero a fuer de ser sincero, sí notó como un repelús culebrero).

También eran castigados por la taranta, los desdichados, que ajenos a los consejos de los mayores, osaban talar una higuera para hacer leña. Tanta era la fe en las propiedades maléficas del árbol, que las embarazadas evitaban, como al mismo diablo, él pasar por sus cercanías: las abuelas avisaban, acercarse mucho producía la demencia, algo parecido al alunamiento, al que estaba por nacer. Y al hacer la colada en el arroyo cercano al higueral o a la higuera solitaria, ni pensamiento de colgar la ropa para su secado en sus ramas. Las perversas emanaciones del árbol pasaban a la ropa y más tarde al usuario, con consecuencias devastadoras para los más tiernos.

Tiempo ha, en Almagro, los labradores decididos a plantar una higuera, tenían que oír la tenebrosa advertencia: *“Oye, que si plantas la higuera te mueres chico”* *“¿Chacho qué haces?, que si la plantas te mueres”*.

Entre las muchas y enigmáticas características de las higueras, está su gran poder de amansamiento de las caballerías cerriles. Durante los siglos de la Edad Media, se recomendaba, ensogar a los caballos y asnos

levantiscos, al tronco de una higuera para domesticarlos, y que perdieran toda su cerriedad. El árbol les chupaba todas sus energías asilvestradas.

Otro de los misterios inexplicables, que confundieron a nuestros antepasados, fue que todo jumento o mula cargado con serones, preñados de higos, al poco tiempo perdían sus fuerzas y doblaban sus patas. Sólo dándoles pan humedecido en agua, recobraban las fuerzas tan enigmáticamente desaparecidas. Lo singular del suceso, es que las bestias, sólo desfallecían cuando transportaban higos.

Y si la sombra de la higuera, como hemos visto, es perruna, pero perruna, perruna, y dañina, la tierra de alrededor está dos veces maldita. Por eso y la querencia de muchas higueras silvestres, llamadas “cabrahígos” o “higueras locas”, en echar raíces y querencias junto a las tapias de los cementerios y las sepulturas. Eran lugares favoritos para la grey brujeril, para recoger sus higos para la confección de sus pócimas y ungüentos, pues se creía, que poseían la substancia de los fallecidos, y tanto mejor, si eran ajusticiados o de muerte violenta.

Al término de esta fábula, decir, que el fabulista tiene simpatía a la higuera, por ser saturnal, por su independencia, por su tirón a la soledad y el silencio de los cementerios, y por su secreta amistad con las cabras.



"Linda Maestra. Las viejas dan lecciones de volar por el mundo". Goya. Caprichos.

***Cuatro somos de Herencia
dos de El Toboso
y la capitanilla de Tomelloso.***

Sin duda alguna es el personaje más controvertido, discutido y descrito de nuestra mitología popular. La razón de ello, se fundamenta, en la total evidencia de su existencia, entre nosotros, a lo largo de cinco mil años de civilización occidental. Hecho que a lo largo de la historia ha producido una inmensa bibliografía y una casuística laberíntica: a favor de su diabólica presencia y de defensores de la desbocada fantasía humana.

Pero circunscribiéndonos a nuestras ciudades y pueblos manchegos decir que, junto al alcalde y al párroco, la mujer tenida como bruja, jamás faltó en ninguno de nuestros pueblos y en caso de no ser una bruja integral, no faltaba la: “... que era medio bruja”. Si bien es cierto que carecían de los elementos que componían la parte más siniestra y maligna de la mujer, casi siempre anciana, temida como bruja.

Curiosamente algunas de nuestras madres y abuelas habían heredado de las suyas, una especie de “*simpáticas*” brujas familiares a las que recurrían cuando los hijos y nietos se desmandaban: “La Pelona” (Terrinches), “Piruja” (Infantes), “Puchilica” (Castellar de Santiago), “Zarramaca” (Torre de Juan Abad)... de esta última la tradición oral quiere que: “*mi abuela me la presentaba como una aparición que entraba por la chimenea, bajaba por la escalera de las cámaras y se llevaba bajo sus amplios mantos a los niños malos y desobedientes*”.

Y de “La Puchilica” han contado que: “*recuerdo que mi tía-abuela, cuando de pequeños queríamos que nos dejase bajar a una cueva que había en su casa, nos asustaba diciéndonos que allí habitaba la Puchilica y que si bajábamos nos atraparía y nos encerraría allí para siempre*”.

Otra de las características sobresalientes del fenómeno brujo era la notoriedad de algunos de nuestros pueblos tenidos como lugares donde abundaban las brujas: Daimiel, Almagro, Vianos ... y quizás sean recuerdos

de unos tiempos pasados ya que: “*antes había muchas brujas y fue venir la Bula de la Santa Cruzada (??) y desaparecieron las brujerías... a lo mejor te encontrabas por la calle un ovillo hermoso de lana y cuando ibas a cogerlo se transformaba en un gorrinote... estaban un grupo de hombres reunidos haciéndose una cuerva, cuando echaron en falta el azúcar. Mandaron a uno a por ella, tardó mucho, cuando llegó, los demás le preguntaron el motivo de la tardanza, él les dijo que había sido raptado por las brujas que le habían llevado a Murcia. Los demás se rieron y dijeron que era imposible, entonces el hombre sacó como prueba de su estancia en Murcia, unos dátiles*”. (Villamanrique)

El rapto y posterior viaje aéreo a Murcia o tierras lejanas, es frecuente en historias similares que se cuentan en otras comarcas de la Mancha y fuera de ella.

Muchos de los relatos tradicionales de las “trasnochás” que han llegado hasta nosotros nos recuerdan el lado más clásico, el arquetipo milenario, de la bruja o de las brujas: “*vieron a un grupo de mujeres “medio en cueros” que en torno a una lumbre cantaban:*

*Cuatro somos de Herencia
dos de El Toboso
y la capitánilla de Tomelloso*

A veces algunos pastores llegaron a espiarlas de cerca, observando que se untaban el cuerpo con una especie de pomada, bailando y cantando la mencionada canción. Iban provistas de escobas bajas, pero no para volar sino para barrer el suelo después de sus rituales. Al parecer alguien descubrió en los paredazos de la casa un gran caldero, donde estas mujeres fabricaban la pomada”

Más al sur, hoy se cuenta de las brujas que: “*... cogían un sapo grande, lo ataban de las cuatro patas y ponían debajo del animal un plato con alfileres de cabeza negra, cuando*

estos tocaban el cuerpo del escuerzo segregaba una sustancia que caía al plato y luego se la untaban, les daba poderes que utilizaban para poder volar. Así como matar niños recién nacidos no deseados por sus madres, bien por ser mozicas o nacer el niño con deficiencias.

Se dice que las habían visto volar con sus escobas en grupos de cinco y que decían con Dios y Ave María (o algo así). Tenían poderes y dentro de ellas unas más que otras. Que cogían en una palangana o lebrillo con agua y hacían meter los pies al hechizado o enfermo y eran capaces de ver en el reflejo del agua la persona que le había hecho el mal...

Y siempre, siempre, las brujas entraban por las chimeneas: *“este hombre hubo una*

temporá que estaba acostao en los poyos que tienen las casas de campo al lao del fuego, poyos donde te acuestas incluso al lao de la lumbre se está divinamente, s’acostaban en una saca de paja o de hojas de panizo y tal... y este hombre a media noche se levantaba desesperao a echar lumbre y a veces llegaba a echar tres o cuatro gavillas de sarmientos porque decía que entraban por la chimenea y se lo llevaban (las brujas) : “qué vienen, que están aquí, que l’has he visto. Qué s’asomao una por la chimenea...” y entonces la mujer: “Venga, pues, echa lumbre y tal” y echaba unas lumbres tremendas y ponía las tenazas en cruz y así parece ser que ahuyentaba aquella situación...”

DEL DEMONIO



Demonio. Papel prensado y pintado. Colección Internacional de Arte Popular Juan Ramírez de Lucas. Museo Municipal de Albacete. Fotografía: García Jiménez.

“Pues como iba a ser ... feísmo, con cuernos, rabos y todo eso”

[1]

“...vio en él un hombrecillo de pequeña estatura afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en dos colmillos solos, que no tenían más muela ni diente los desiertos de las encías, erizados los bigotes

como si hubiera barbado en Hircania...” (El Diablo Coiuelo).

Si la mujer daba a luz felizmente, el demonio se iba con su rabia...

Esta es una más de las miles de descripciones del polimórfico Señor de las Tinieblas. Sólo el corpus reunido en las declaraciones recogidas por la Inquisición, confesadas por endemoniadas y asistentes a toda clase de aquelarres, daría para un gran y terrorífico volumen. “...los ojos tiene grandes; la barba de cabrón; los dedos de las manos iguales, corvos y rampantes como de ave de rapiña; los pies como de ganso; la cola de asno; la voz espantosa y desentonada, pero baja, ronca y triste, parece el roznido de un mulo...” (Proceso inquisitorial de Zugarramurdi).

Ha sido consustancial y cuestión nada baladí, en el experto en demonología, o demonólogo, el estar en continuo desacuerdo con sus colegas, en la cantidad, calidad y naturaleza de los diablos existentes. Por el gran número de desafueros, demoniadas y villanías, y usando de árdulos cálculos aritméticos, en relación directa a los hechos constatados, a la casuística recogida y la suma de empirismos milenarios, se llegó a la conclusión que eran obra de 1.758.640.176 demonios.

Más ciencia, seriedad y escrupulosidad parece que dedicó Jean Wier en tal menester, por otra parte curioso y necesario recuento, dejando escrito para la posteridad, que el ejército luceferino culpable de muchas de nuestras desdichas, se componía de 79 grandes prín-

cipes, teniendo a su cargo y responsabilidad 7.409.127 miembros.

Posteriormente y refutando un algo tales cantidades, una obra aparecida, de autor anónimo, durante aquel prodigioso siglo XVI, disiente de las cifras del estudioso Wier. Para este desconocido cuenta-demonios, las cantidades reales se corresponderían con 72 príncipes y 7.405.921, respectivamente.

También nuestro Francisco de Quevedo metió cucharón, apoyado en graves autoridades de la materia en cuestión los dividió en: leliureones, aéreos, terrenos, acuátiles, subterráneos y lucífugos.

Pues bien, tanto de los unos, como de los otros, camparon por tierras manchegas

[2]

De los demonios que acechaban a las paridas.

En esta fábula, se da noticia de dos de sus protervos miembros, cuya principal característica era el cometido de acechar y hacerse con las recién paridas.

Gracias a la inestimable colaboración de José Antonio Iniesta sabemos de la existencia en la comarca de Hellín del primero de ellos, “...existía la creencia que el demonio estaba paseando debajo de la cama para ver si puede llevarse a la buena mujer que está pariendo en la cama. Si la mujer daba a luz felizmente, el demonio se iba con su rabia...” Es evidente que esperaba ansioso, a manos abiertas, el fatal desenlace y con él el alma de la desgraciada, ya se sabe aquello de la impureza en las paridas. Curiosamente el recién nacido poseía el poder de la salvación, si se le bautizaba antes de las veinticuatro horas se sacaba un ánima del purgatorio.

El otro espécimen de nuestra mitología popular diabólica, al que hay que calificar de esquinero o cantonero, por la querencia a tal lugar, lo hemos recogido en el folklore de varios pueblos del Campo de Montiel.

Quiere la tradición que la reciente madre, después de haberse recuperado del trance a base de guardar cama (las de “posibles”, que las demás mal podían) y sabrosos caldos de gallina, la primera salida del hogar que hacía, indefectiblemente debía ser a la iglesia en acción de gracias, “misa de parida”, de lo contrario podía suceder lo siguiente: a diferencia de su congénere hellinero, el demonio montieleño, aguardaba pacientemente escondido tras una esquina cercana a la casa de la madre, y como estaba al cabo de la calle de los acontecimientos natalicios del pueblo y de las intenciones de la mujer, si descubría en sus pensamientos que no era el propósito de ésta la preceptiva visita al templo y si frívolo pasanteo, al pasar junto al acechadero, el demonio se la llevaba entre gran escandalera de gritos y nubes de azufre, ante el espanto de vecinos accidentalmente presentes, que lamentaban que tal madre hubiera hecho caso omiso del aviso de sus mayores. Para desgracia de estudiosos apenas hay descripciones de los mentados miembros de la canalla demoniaca, *“pues como iba a ser ... feísmo, con cuernos, rabos y todo eso”*.

[3]

Atar al diablo

Transcurrieron unos tiempos no muy lejanos, donde gran parte de los habitantes de nuestros pueblos participaban comunitariamente y alborozados en un universal rito, cuyos orígenes hunden sus raíces en el nacimiento de las primeras sociedades agrarias neolíticas, en el desconocimiento de los fenómenos naturales, que escapaban a razón y comprensión y que fueron elemento básico, para el nacimiento fundamental de un ciclo de mitos.

Su permanencia y conmemoración no impidió, que se perdiera su verdadero significado y simbolismo para los asistentes.

Herencia atávica y popular, nacida en el temeroso convencimiento de que entre los

campos y tierras, que empezaban a parir sus frutos, moraban una serie de presencias mágicas, mensajeras de las divinidades. Ora protectoras y beneficiosas, ora malignas y destructoras, a las cuales se les debía homenajear y conjurar con ceremonias y sacrificios para que las siembras y las cosechas llegaran al final de su ciclo vital, permitiendo con ello la supervivencia del grupo.

Estrechamente relacionada con el Espíritu de la Siega y el Grano, La Madre de la Mies, la Madre Tierra, la Diosa Naturaleza, el Espíritu de la Vegetación..., es nuestra homónima “Atar al Diablo”. Y, unida al culto de las diosas, dioses y genios soberanos del Mundo Vegetal, sus personificaciones antropomórficas y los vitalistas rituales de la tan deseada fertilidad.

Expresión popular, que fue combatida tenazmente por las iglesias triunfantes, resistiéndose ésta a desaparecer. Sucediendo como en otras muchas costumbres calificadas de paganas y que a pesar de su cristianización en nuestro caso concreto sobrevivieron vestigios de las primeras religiones animistas y posteriores politeísmos, confundidos entre la religiosidad, resultando un sincretismo.

Vencidas pues, aquellas divinidades primitivas, por el Diablo, éste pasó a ocupar su lugar.

Teníase por cierto, que llegando el día de San Marcos, el Diablo había gozado de suficiente libertad, corriendo invisible con sus legiones de ícubos y súcubos, por los mares de danzantes espigas, asustando a los osados niños que se acercaban a los trigales a comprobar y dar fe, de que el Diablo andaba suelto por los verdes tallos.

Era, pues, San Marcos, el día señalado para atar, espantar y someter al Diablo.

Empezaba ya a ser harto peligroso seguir permitiendo la presencia de tal personaje. Puede que enojado con los hombres que araban y cuidaban las tierras o usando de su proverbial maldad, agostara, las cosechas marchitando los granos, destruyendo el laborioso y penoso

trabajo de los esforzados labradores. Amén de otras tropelías sin cuento.

Llegados a este punto, se decidía popularmente, poner fin a las correrías del llamado Pedro Botero. El pueblo en masa organizaba los preparativos, para conjurarlo y posteriormente apresarlo en una gavilla.

Tres días antes del San Marcos, el párroco de la villa acompañado por los feligreses, recorría los alrededores del pueblo y en las Eras Altas, las de Genaro en el Prado de los Caballos, por el camino del Pozo de las Viñas, en la Remendaá... lanzaba atronador y amenazador sus letanías y oraciones, haciendo coro respetuoso el pueblo. Murmullo de voces que bebía ansioso el horizonte manchego. Murmullos de quedas voces, que portaban malos presagios para la grey infernal. El día Santo, el pueblo, en alegre salida hacía esas llanuras, donde la Soledad es amante y el Silencio cómplice, dirigía sus pasos a las tierras labradas.

Ya en su "roal", fuera hembra o varón, y rodeados por doquier de la generosidad de la tierra, ante la expectación y curiosidad de los mas pequeños, con la mano izquierda, y con gesto enérgico y poderoso, se cogía un haz de mies, y sin soltarlo, de una tacada, hacía un nudo. Atado y a buen recaudo se encontraba el Diablo.

A continuación, de forma solemne y recogida, se oraba aquella particular plegaria, con claras connotaciones con los rituales profilácticos, bajo la más hermosa cúpula que uno pueda desear: los azules cielos de nuestra tierra.

San Marcos bendito,
treinta y tres credos,
te deposito.
Ni te lo niego
ni te lo quito,
en la hora de mi muerte,
los necesito.

A continuación, rezábase un credo tras otro, hasta cumplimentar los treinta y tres exigidos por la ceremonia.

Existía otra singular particularidad, y es que, antes de la oración, habíanse recogido treinta y tres piedrecicas, siendo lanzadas entre los sembrados, nada más finalizar el credo correspondiente.

La conclusión era un agradable día de asueto.

[4]

En Albadalejo, el San Marcos también servía, para que el pueblo se echara a los campos, para espantar al diablo. Aquí, amén de exorcizar y conjurar al diablo, se dedicaban, a dar caza y muerte a toda clase de bicherío: culebras, víboras, lagartos...,pero en particular, de un pequeño insecto negro y cilíndrico, conocido popularmente como "curas"...Se hacían auténticas competiciones para ver quien exterminaba más cantidad de "curas".

[5]

Era "malismo" bailar solo y que la sombra del danzante diera contra la pared, decían que bailaba con el diablo.

[6]

En numerosos lugares de La Mancha, el diablo se aparece a los viajeros o caminantes, como un hombre, viejo o joven, siempre vestido de negro y montado en un caballo negro de ojos de fuego: "... la abuela Águeda en compañía de... iba al campo y vieron venir a un hombre a caballo, que desde lejos parecía tener un buen aspecto, sin embargo, cuando se aproximaba vieron como su aspecto no era como intuían, sino que era viejo, feo "remendaote". Cuando se cruzaron, y lo saludaron, el caballo del hombre empezó a dar trotecitos hacía atrás, hasta que desapareció por donde había venido..."

DE LA MUERTE Y FINADOS



Josef Sattler, 1984. Alegoría

[1]
*Si la gallina cantaba como gallo anunciaba muerto en la familia.
Para evitarlo debía ser sacrificada.*

[2]

La muerte, siempre inesperada, de una polla negra, en particular si era accidental se tenía por la más trágica de las desdichas, pues, pronosticaba una terrible desgracia en la familia. La muerte de la polla anunciaba la de un morador de la casa. Otra variante de esta creencia es, quizá con el propósito de torcer el hado, que el que fallecería sería un miembro de la familia vecina más cercana.

[3]

Una de las creencias más singulares y enigmáticas, que gozó de gran popularidad y de generalizada creencia, que ha llegado hasta hoy, fue que, en cocinando el tradicional “ajillo” (en otros pueblos el plato es el ajoharina, las gachas...) y escuchar las campanas que tocaban a muerto, de forma inmediata se dejaba de cocinar el mentado plato. Creían y decían, que de no hacerlo, aparecía el finado y con el dedo removía el “ajillo”.

[4]

La noche del uno al dos de noviembre había que quedarse en casa, pues, esa noche, los finados andaban por tejados y calles arrastrando pesadas cadenas, de “visiteo” y en pos del hogar que tuvo en vida. En encontrándolo, muchos de ellos se escondían detrás de las puertas con gran espanto de los niños. Había quien se pasaba toda “la mala noche,” tocando lúgubrementemente las campanas de la iglesia.

[5]

Universal creencia, por ventura, llegada desde la lejana Babilonia, es el anuncio de muerte, cuando un perro aúlla. En varias de las 22.000 tablillas de Asurbanipal halladas en Nínive se “...habla del perro negro que lleva la muerte al enfermo”.

[6]

...en agonizando la tía Catalina, a la olísma

de la muerte, empezaron a llegar hasta la puerta de la casa perros y más perros... Reunidos, en gran número, aullaron lastimosamente durante horas y horas. Aquella noche, dicen, que el pueblo no pegó ojo. En todos los hogares se encendieron palomitas y velas protectoras a los santos queridos... (La tía Catalina, ver página 45 y siguientes).

[7]

Tradicional rito funerario era que, en muriendo una embarazada, se colocaba sobre el cadáver, que en ocasiones reposaba sobre la mesa grande, un plato de sal, “para que no reventara” y unas tijeras abiertas para que no le entrara el demonio. Otras informaciones cuentan que este ritual se practicaba con otros fallecidos y con las tijeras cerradas. ¿Simbolismo perdido, que las Parcas habían cortado el hilo de la vida?

[8]

En la noche de San Juan no se debía asomar a los pozos, pues, quien lo hacía, veía su entierro.

[9]

El Sábado de Gloria se iba a buscar agua bendita a la iglesia parroquial, que después sería asperjada por todos los rincones de la casa, cuando hubiera muerto. Con ella se espantaba la presencia de los espíritus malignos. También ese día, las mozas llevaban agua en cantarillos, para que fuera bendecida en la iglesia. Con esta agua sagrada se rociaban los hogares, que gracias a ella, y durante todo un año, estarían a salvo de la presencia de hormigas.

[10]

Se creía que si empezaba la Cuaresma, Miércoles de Ceniza, con algún muerto: “mal empieza la Cuaresma”, avisaba que el último día de la Cuaresma también acabaría con muerto. Creencia que de igual forma se aplicaba al

tiempo; si empezaba con lluvia, el temporal duraría los cuarenta días.

[11]

Creencia común y general en el Campo de Montiel era que, aquel o aquella que blasfemos pisaran las sepulturas o las losas de los fallecidos, en la noche, se aparecían a los groseros e irreverentes, y les tiraban de los calcetines hasta que estos aterrorizados despertaban. Castigo, por no respetar el descanso y el respeto que se merecen los “finaos”.

[12]

Se creía, se cree, que en la noche y con el fósforo que contienen los enterrados se ilumina el cementerio. ¿Fuegos fatuos? dicen.

[13]

Juego infantil y del mocerío que para tener cara de muerto, ponían un plato lleno de sal en una habitación oscura, se prendía un algodón empapado en alcohol, se arrimaban las caras y cuando se daba la luz, las caras estaban pálidas, pálidas.

Otro de los juegos infantiles, “la calavera”, consistía en ir al cementerio a coger bolas de los cipreses que había en el camposanto. Después, se ponían en la mesita de noche y contaban, que por la noche, en la oscuridad, se iluminaban.

BUENOS Y MALOS AUGURIOS Y OTROS USOS Y COSTUMBRES CURIOSAS, QUE MERECEN SER ANOTADOS



*Terracota. Colección Internacional de Arte Popular
Juan Ramírez de Lucas. Museo Municipal de Albacete.
Fotografía: García Jiménez.*

[1]

Creencia nacional es, el mal augurio que representa la sal derramada. También en el Campo de Montiel, se seguía el rito de echar un puñado de sal por la espalda, para anular los efectos de la amenaza.

[2]

Otro pésimo presagio, que vaticinaba dramáticos acontecimientos en la familia, era la presencia de grandes moscardones negros.

[3]

El revoloteo de mariposas negras en el interior de la casa, era mirado con auténtica aprensión e inquietud.

[4]

Considerado signo de mala condición, era cruzarse con un tuerto o un jorobado el día de San Juan. Entre semana, tenía los mismos efectos darse de cara con un cura, y si era un franciscano, el acabose de la mala suerte.

[5]

Imperdonable descuido era poner el pan boca abajo. Se llamaba a la mala suerte a gritos. Asimismo era utilizado como muy sutil aviso: si las visitas llegaban durante la comida y no eran muy del gusto de los amos de las casa, estos, ostentosamente, daban la vuelta al pan. Las visitas se daban por enteradas y se despedían.

[6]

Se deshacía el mal agüero del aceite derramado, tirando en el pozo corralero un puñado de sal, apartándose inmediatamente del brocal, pues, no se debía oír cuando ésta llegaba al fondo. Cuentan que también era muy bueno para romper el augurio, arrojar sobre la tierra de la calle, diez o doce cubos de agua.

[7]

Jamás de los jamases se debía arrojar sal al lecho nupcial, pues, el nuevo matrimonio se iba a pique.

[8]

El día de Viernes Santo, jornada de sobreco-gido sentimiento e infinito silencio, las mozas no podían, ni debían, mirarse en los espejos,

y en caso de extrema necesidad... hacerlo en el espejo del agua. Todo trabajo físico, salvo contadas excepciones, fuera el que fuera, estaba prohibido por la costumbre y la religión. El atrevido que desoía tal mandamiento en día tan trágico y dramático para los cristianos, era amonestado severamente por el párroco e irremisiblemente castigado por Dios.

[9]

Contaron los abuelos de ayer a los abuelos de hoy, que los muchachos no debían dormir junto a las ancianas de la familia en la misma cama, pues, el cuerpo de ésta, durante el sueño robaba la “sustancia” al mocico o mocica.

[10]

Verrugas

Receta popular tenida como la más eficaz para hacer desaparecer las verrugas, era la leche de las hojas de higuera sobre ellas. Existieron, dicen que aun las hay, personas cuya saliva poseía la fuerza de hacer desaparecer las verrugas.

Se ensalivaban el dedo, hay quien afirma, que era el “margarito”, y lo pasaban siete veces consecutivas sobre la verruga. Poco tiempo después las verrugas se secaban, también hay quien cuenta, que se caían.

Otro de los métodos mágicos para curar de verrugas era el siguiente: se cogían tantos granos de sal como verrugas se tenía, después de espaldas al pozo, se lanzaban los granos de sal en él... y salían corriendo a escape.

De igual forma, se conseguía la transmisión de esta grosera alteración epidérmica, haciéndose con un trozo de carne de carnero o cordero recientemente sacrificado, (uno de los informantes advirtió del necesario degollamiento del animal), frotarse enérgicamente las verrugas una y otra vez, algunos apuntan la cantidad de siete veces como la exacta para la buena consecución de la terapia, para después, esconder la porción de carne utilizada, en un

apartado rincón desconocido para la persona protagonista de la operación, siendo imprescindible, que ésta, no tuviera la más mínima posibilidad de ver el carnero-cordero usado. Al irse secando la carne del animal, un proceso idéntico sufrían las verrugas. Para completar el tratamiento, existía la prohibición expresa, de lavar la parte del cuerpo afectada.

[11]

En la fría noche, cuando la familia y amigos daban de mano las matanzas, había alegre bailoteo. Se bailaba el “Saltón”. Baile y música tenían la virtud mágica, de proteger la carne de los cerdos sacrificados, de los ataques del gusano llamado “saltón”.

[12]

El primero de los melgos en nacer, lo hacía con el dominio sanador de ciertas enfermedades; y por lo cual eran muy solicitados y tenidos en consideración.

Entre otras, el melgo usaba la técnica de maznar las partes afectadas por la enfermedad, con resultados satisfactorios. Las gentes decían que los conocimientos, casi mágicos, de estos melgos, lo eran por ciencia infusa.

[13]

El ictericiado para curar su mal, era llevado a ver correr las aguas de un arroyo o fuente. Se decía, que las aguas en su pasar, arrastraban con ellas la enfermedad. Se continuaba con esta terapia, hasta que la “tiricia” desaparecía.

Otras informaciones recogidas, apuntan, que la condición imprescindible, para que las aguas se llevaran la enfermedad, era, que el enfermo no apartara la vista de ellas, durante todo el tiempo que estaba en el lugar.

[14]

Si los niños jugaban con las ascuas o los leños del fuego en las cocinillas o chimeneas, las abuelas les recriminaban que no lo hicieran,

pues, esa noche se orinarían en la cama.

[15]

La orina propia tenía, tiene, determinadas propiedades conocidas desde lo antiguo: enjuagues bucales, que calmaban los padecimientos dentales. En ausencia de cremas suavizantes, servía como balsámico para las irritadas y trabajadas manos femeninas. Se las lavaban con la orina antes de acostarse y al día siguiente a la hora de levantarse, según el testimonio de las informantes, las tenían suaves y tersas.

[16]

Para curar las boqueras, se usaban las siguientes practicas: una era, ponerse sal en la comisura de los labios; la otra consistía, en coger una gran llave de hierro, dejarla al sereno toda la noche y a la mañana siguiente, pasarla repetidas veces por las boqueras.

[17]

La costumbre avisaba, que al construirse una casa nueva, se debía echar una pequeña cantidad de monedas en los cimientos. (Reminiscencias de los primeros ritos fundacionales con sacrificios humanos, que con el tiempo fueron transformándose en ritos de sustitución y en expiatorios). Asimismo había quien guardaba algunas monedas en una caja, esperando que una vez terminada la construcción, sobrara la misma cantidad de dineros.

Era sabido, que la inauguración de un nuevo hogar, implicaba realizar una serie de ceremonias propiciatorias y protectoras. La primera noche, para apaciguar la cólera de las presencias sobrenaturales, enfurecidas por la intromisión en su territorio, se soltaba una gallina, a ser posible de color negro, sería ella la víctima de las divinidades subterráneas molestadas.

Se ha recogido el recuerdo, de la presencia de corderillos como reos exculpatorios. Aunque los oferentes habían olvidado, hacia ya

mucho tiempo, el significado y simbolismo de tal ceremonia, existen hombres y mujeres-memoria, que recuerdan haber sido testigos presenciales antes de 1930. Si pasada la noche el ave continuaba con vida, significaba que ya no había peligro, de momento, y que la familia se podía mudar. Se llamaba al párroco, imaginamos que este, enterado de la primera ceremonia, estaría en desacuerdo con dicha practica, para que en solemne liturgia bendijera la casa (otro rito con diáfano sentido protector). No se tiene, hasta el momento noticia, que la gallina apareciera muerta en ocasión alguna.

Los primeros alimentos que se introducían en el recién inaugurado hogar, eran la sal y el pan. Pero queda profundamente arraigado en el subconsciente popular, los escrúpulos y el temor, sobre todo en los mayores, hacia las nuevas casas.

[18]

Para sacar el sol de la cabeza (insolación), se cogía un vaso de cristal, que medio se llenaba de agua fría. Se cubría con un paño de tejido fino y dándole la vuelta con mucha precaución, se colocaba sobre la cabeza del enfermo. A poco veíase el agua hervir. El dañino calor instalado en la cabeza del insolado, pasaba lentamente al agua y mejoraba el enfermo.

[19]

Nacional creencia es aquella que recetaba que los enfermos de sarampión debían de estar rodeados de color rojo.

[20]

Una tradicional esperanza para que los niños herniados sanasen, era esconderlos bajo las faldillas de los altares, adornados por abundantes flores, que hacían las devotas mujeres en las calles, para que el Santísimo descansara durante la procesión del Corpus Christi.

[21]

El mozo forastero, que se hacía novio con la moza del pueblo debía pagar a los mozos de la familia de la novia y a sus amigos una convidá. De lo contrario era echado al pilón donde abrevaban los animales.

22]

Un extraordinario y antiquísimo rito de fertilidad, conservado por nuestras mujeres y hombres memoria es, el que afirmaba, que para que los pimientos salieran picantes o muy picantudos, había que sembrarlos y cosecharlos en cueros o en su lugar, con los pies descalzos. Importante era, que la carne desnuda estuviera en contacto con la tierra. Hay testimonios en Torre de Juan Abad, de la existencia de una familia, cuyos pimientos gozaban de gran celebridad, que así lo hacían: totalmente desnudos.

De igual forma se ha recogido la expresión coloquial que dice, refiriéndose a los pimientos: "¡joder, como pican!", "claro, los sembrastes en pelotas".

[23]

Extraña y sin explicación, hasta hoy, es la costumbre que cuentan, que cuando alguien cumplía años, sus más allegados amenazaban de colgarlo por las orejas en el humero. Curiosamente algunos de ellos, asumía la amenaza y se dejaba atar entre gran jolgorio, por la cintura, para después ser colgado de un gran clavo en el interior de la chimenea.

[24]

Cuando al mocico o la mocica se le caía algún diente, este se recogía y tras decir: "*dientecico, dientecico/ te tiro al tejaito/ para que me salga bonito*". Se lanzaba con gran fuerza al tejado. Quien no cumplía con esta ceremonia infantil, le nacía un "diente lobo" (Torre de Juan Abad) En esta ocasión no aparece mencionado el "Ratón Perez" .

[25]

Una escoba en posición invertida detrás de la puerta, tenía el poder de ahuyentar a las visitas no deseadas y/o en su caso hacerlas brevísimas.

Otra forma menos sutil de invitar a las visitas a que se fueran, era echar al fuego un gran haz de gavillas. Generalmente las visitas entendían perfectamente la indirecta.

[26]

Poco antes de la boda, madrina y padrino debían “probar” la cama. La prueba era echarse sobre ella. Antes los padrinos la habían hecho junto a los amigos más íntimos de los novios, a los que les estaba prohibido entrar, hasta que no estuviera la cama bien al gusto de los padrinos.

[27]

Si alguien incumplía la promesa de hacer de “fantasma” y callejear solitario los viernes de la Cuaresma, era castigado de forma misteriosa y sobrenatural. En su casa, sin motivo aparente y sin razón alguna, los muebles y cacharros de la cocina empezaban a moverse y a bailar solos, con gran escandalera.

[28]

En Ruidera, sus habitantes aliviaban el dolor de muelas, metiéndose en los bolsillos los llamados “Viernes de los Romeros”. Según el informante se trataba de la muda de un coleóptero.

[29]

Durante las labores de la escarda, donde era frecuente la presencia de mozos y mozas, se producía una costumbre harto curiosa, conocida por la “Clica” (Torre de Juan Abad), o el “Perrillo” (Albadalejo). Guarda esta popular manifestación un misterioso sabor a viejas ceremonias de fertilidad, de un pasado desvanecido. Lo cierto es, que si durante las faenas del escardeo, algún mozo se propasaba de

palabra o acción con alguna de las mozas de la cuadrilla, casi de inmediato las mozas tocaban a arrebató, y todas ellas “atacaban” al mozo atrevido inmovilizándolo. Las más osadas le bajaban los pantalones; otras habían hecho con agua y tierra una masa que, era puesta sobre el sexo del varón ante grandes carcajadas de las mozas. Es enigmática la conducta del resto de mozos, que contemplaban el castigo sin intervenir en ningún momento.

[30]

Si bien la primera cita de esta tradición popular se recogió en Almagro, posteriormente dos informantes distintos de Villanueva de los Infantes confirman la misma costumbre, con ligerísimas variantes en el campo montieleño: “1º para hembra, luna menguante. 2º Buscar día fértil de la mujer en los días después de la menstruación. En esos días, con la luna menguante, no dejar de cohabitar todo lo que se pueda, hasta pasar esos días fértiles. Después te tienes que abstener hasta el próximo periodo de menstruación. Si no hay novedad dejarlo.

[31]

En las aguas de las Lagunas de Ruidera y cuando empezaban los días de los baños, antes de su primer baño, las mamás llevaban a los niños a las lagunas, los metían en las las aguas, les daban tres chapuzones, “ahogadillos”, a la vez que decían: “zampuzón de Santa Ana, que no le den calenturas, ni las tercianas”.

Práctica frecuente en estos baños protectores era la costumbre en Torre de Juan Abad, llegando los primeros días de buen tiempo, baños los niños y niñas que siempre debían ser impares.

[32]

Una singularísima costumbre es la recogida en Torre de Juan Abad, que decía y creía, que orinando en la barriga de un niño o niña, estos cambiaban de sexo.

[33]

El hombre-memoria no recuerda el momento exacto del mes, pero si recuerda que

una de las fases lunares tenía la virtud de dejar alelados a los animales, algo así como “consumios”, por lo cual era muy fácil darles caza.

AGRADECIMIENTOS

Este monográfico jamás hubiera visto la luz sin la extraordinaria y generosa colaboración, a lo largo de los años, de un gran número de personas que me contaron docenas de historias y leyendas y que gracias a su testimonio aún permanecen. Con algunos de ellos tengo una deuda de gratitud que me temo que jamás podrá ser satisfecha, ya que será eterna. Gracias especiales a las personas citadas, lamentando los olvidos y a todos aquellos que igualmente me contaron los secretos de la tradición popular pero que quisieron mantener el anonimato y no ser grabados, a todos ellos se encuentren donde se encuentren gracias. Vuelvo a reiterar que sin todos ellos los cuentos que vienen a continuación se hubieran ahogados en el océano de los olvidos... Gracias pues a:

Celedonia Patón Ginés, abuela de Pedro Javier e Iñaki. “Aquilín”, Tomás Jiménez González, José María Lozano “Juan de Montiel”, abuela Nicolasa, abuela Elisa, José María “El Herrero”, el amigo Luis Manuel, tía Nati, tío Jesús, Sagrario, Pepa, Benita, José María Lozano, Leopoldo Lozano, Mariana Algaba, Gerardo Fresneda, Petra, Estanís, la hermana Isabel, Julián, Josefa, Daniel, Ramón Martínez, el hermano Venancio, tío Francisco, Marisé Algaba, Demetrio Rivas, Paco, Juan Alfaro, Paco “el de Santos”, Bernardino Jiménez, Salvador Piqueras, Antonio, José Aureliano de la Guía, Víctor Jiménez, Vicente Morales, Juan José Rodríguez, Pedro R. Moya, Urbano López, José Rodríguez, Víctor Jiménez, Francisco y Abdón Simón, Restituto Núñez, Ventoso, Francisco Javier Moya, Rafael Mazuecos, Jaime Mazuecos, Clemente Plaza, Agustín Clemente, Lizcano, primo Juanjo. Laureana, Tomás Luna, Eugenio Valle, Ángel Pérez, A. Plaza, Lorenzo Bravo, Daniel Lillo, Francisco Algaba, Salvador Jiménez, Vicenta, Felipe Sánchez, Juan José Guardia, Manolo González, Eusebio López, doña Pura, Zacarías, Nieves Arco, Miguel Mellina, Constancio Zamora, Paco Ortega, Vélez, Gregorio Loro, Urbano Patón, José de la Dueña, Juan de Dios, Pilar, Inés Brazales, María Jesús, Juan Antonio Gómez, Antonio Tobar, Aniceta, Urbano López Gómez, Félix González, Juan José Rodríguez, Jesús de Carrizosa, Jesús Martín, Luis Gómez Torrijos, José A. Iniesta, Juan Fco Jordán, Abdón Parra, Nieves Arco, el poeta que hacía versos para los hombres y jaulas para las perdices...y a todos aquellos que se esconden en mi memoria y aún no los he descubierto.

Carlos Villar Esparza

Se terminó
de imprimir en diciembre
de 2012



DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Servicio de Educación, Cultura, Juventud y Deportes